BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION

JEROGLIFICO

Frank Caudett

TAM-TAM



JEROGLIFICO

Frank Caudett



Colección TAM-TAM n.° 82
Publicación quincenal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 - Barcelona

tam
tam
tam
tam
tam
tam



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

77 — *En busca del* Lady Marian, Joseph Berna.
78 — *El tesoro del* Titanic, Ronald Mortimer.
79 — *Diamantes en bruto*, Adolf Quibus.
80 — *El secreto de la esmeralda*, Alan Parker.
81 — *Excursión al infierno*, Ronald Mortimer.

ISBN 84-02 092780
Depósito legal: B 5.381 1984
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición en España: febrero. 1984
1ª edición en América: agosto. 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)
Barcelona 1984

Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor avance con celeridad y sea El glorificado como lo es entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, que no de todos es la fe.

Epístola II a los tesalonicenses,
cap. 3, vers. 1-3.

Primera Parte
SOLO PIEZAS

CAPÍTULO PRIMERO
Un episodio histórico

A comienzos del mes de marzo de 1941, Mussolini se trasladó a Albania con el fin de ser testigo directo de la ofensiva preparada por el general Cavallero contra los ejércitos griegos.

El Duce deseaba —y esperaba— obtener mediante este ataque una aplastante y decisoria victoria sobre los ejércitos he leños, antes de que los nazis interviniesen en el conflicto. Su esperanza, una vez más, quedó nuevamente truncada. Desde el día 9 al 25 de marzo, las tropas fascistas realizaron repetí dos y encarnizados ataques contra las posiciones de los griegos, pero no consiguieron en ningún momento quebrar la indómita resistencia de los helenos.

Los alemanes, entretanto, completaron la concentración de sus fuerzas en los Balcanes. Realizando un supremo esfuerzo, el general Halder, jefe del Estado Mayor, consiguió emplazar en pocos días en torno a Yugoslavia y Grecia fuerzas suficientes que garantizaban el inicio de la invasión. Algunas de las unidades tuvieron que ser trasladadas hasta allí desde guarniciones ubicadas en Francia, a más de mil kilómetros de distancia.

El XII ejército de Von List desplazó parte de sus efectivos hacia la frontera búlgaro-yugoslava con el objeto de lanzar, desde el sur, un ataque en dirección a Belgrado. Esta agrupación bajo el mando del general Von Kleist estaba integrada por cuatro divisiones Panzer. La capital yugoslava sería cercada, desde el norte y el este por las unidades del II ejército de Von Weichs, emplazadas en Austria y Hungría. Intervendrían también en la invasión el II ejército italiano, comandado por el general Ambrosio, cuyas tropas avanzarían desde el norte con el propósito de ocupar toda la costa yugoslava, y el III ejército húngaro, que colaboraría en el ataque a Belgrado.

Una parte del ejército de List —integrada por 9 divisiones, de las cuales 4 eran Panzer—, recibió la misión de cumplir con el plan original de invadir Grecia por el norte. En rápido avance dicha fuerza irrumpiría en dirección al sur, a través de los pasos de montaña de la frontera búlgara. Un cuerpo de ejército comandado por el general Boehme atacaría frontalmente a las fuerzas británicas y griegas emplazadas sobre la costa oriental de Grecia; otro, capitaneado por el general Von

Stumme, se desplazaría en una marcha de flanco hacia el oeste a través de territorio yugoslavo, penetrando por sorpresa en Grecia por el paso de Monastir y llevaría a efecto la ruptura decisiva en el centro de las fuerzas aliadas. De esta forma estarían dadas las condiciones para el envolvimiento por la retaguardia de las quince divisiones helenas que se hallaban combatiendo en Albania contra los italianos.

El ataque alemán dio principio la mañana del 6 de abril con un sorprendente e intensivo bombardeo aéreo sobre la indefensa ciudad de Belgrado. Durante setenta y dos horas consecutivas los aparatos de la Luftwaffe, siguiendo las instrucciones del propio Führer, atacaron en sucesivas oleadas la capital de Yugoslavia reduciéndola a un montón de cenizas y escombros y dando muerte a unas 17.000 personas.

Los tanques de Von Kleist irrumpieron en el sur del territorio yugoslavo y arrollando a las fuerzas de aquel ejército que encontraron en su trayecto, se abrieron rápidamente paso hacia Belgrado. Por el norte, las columnas de Von Weichs aplastaron en el sentido literal de la palabra el amago de resistencia de las unidades croatas emplazadas en la frontera y penetraron el 11 de abril en la ciudad de Zagreb. Atrapadas en la doble tenaza de las columnas blindadas de Von Kleist y Von Weichs las unidades yugoslavas se disgregaron y emprendieron la retirada hacia las costas del Adriático. El 13 de abril cayó Belgrado y, cuatro días más tarde, capitularon los últimos restos del ejército sérvocroata. El general Simovic, jefe del gobierno, y el rey Pedro, lograron huir a última hora con destino a Grecia merced a aviones británicos.

Simultáneamente al ataque contra Yugoslavia, los nazis emprendieron la invasión de Grecia. Las columnas de los generales Boehme y Von Stumme abandonaron la mañana del 6 de abril sus posiciones en la frontera búlgara, y marcharon a toda velocidad para encontrarse con el enemigo, Boehme lanzó dos divisiones de cazadores de montaña en ataque frontal contra las fortificaciones de la Línea Metaxas, envolviendo dicha posición por el oeste con sus divisiones Panzer. El 9 de abril los tanques alemanes entraron en el puerto de Salónica y, al día siguiente, las tropas griegas que defendían la Línea Metaxas depusieron las armas.

Al mismo tiempo, las tropas del general Von Stumme se desplazaron a través de territorio yugoslavo y el día 10 desembocaron en Grecia a través del paso Monastir. Allí colisionaron con los tanques de la brigada blindada británica y fuerzas de infantería australiana. Durante cuarenta y ocho horas, tanques y australianos resistieron las violentas embestidas nazis. Finalmente, el general Wilson, comandante en jefe inglés, decidió ordenar el repliegue total de sus fuerzas. Atacado frontalmente por las columnas alemanas provenientes de Salónica[1], y amenazado por el flanco izquierdo por las unidades de Von Stumme, corría el riesgo de

que una sorpresiva penetración de los Panzer le cortase la retirada hacia el sur.

Hasta aquel instante el mal tiempo reinante había impedido la actuación de la Luftwaffe. El día 15, sin embargo, las condiciones meteorológicas se presentaron favorables y los aparatos del VIII Cuerpo Aéreo del general Von Richtofen se lanzaron en masa al ataque. En pasadas sucesivas los Stukas bombardearon y ametrallaron a las columnas de los soldados y vehículos ingleses que se retiraban por las estrechas carreteras hacia el sur. Con el camino despejado, las unidades de Von Stumme completaron su penetración y, dando un veloz giro hacia el oeste, envolvieron por la retaguardia a los ejércitos griegos de Albania que, tardíamente, habían comenzado a retirarse hacia territorio heleno. El 21 de abril, dichas fuerzas, que sumaban más de 18.000 hombres, capitularon. La victoria alemana quedó así prácticamente asegurada.

El 27 de abril los tanques de vanguardia de Boehme entraron en Atenas y detuvieron su marcha al pie de la Acrópolis. Grecia quedó así en manos de los nazis. En menos de veinte días de «guerra relámpago», la Wermacht había logrado colocar bajo su dominio a la totalidad de los Balcanes. Restaba ahora, solamente, una amenaza: la isla de Creta. Allí, por orden expresa de Winston Churchill, los británicos se proponían crear, protegidos por su poderosa escuadra, un bastión inexpugnable[2]. El cuartel general del jefe del Estado Mayor había contado, para realizar aquella «guerra relámpago», con informes fidedignos procedentes de la arriesgada actuación de un miembro del ejército alemán, que habían servido para hacer las «cosas» enormemente más fáciles.

El propio general Halder, algunas fechas antes de poner en funcionamiento la operación contra los Balcanes, llamó al mayor Horst Dieter Kremers de la Gestapo, que estalló una vez en su presencia:

—¡*Heil* Hitler! ¡A sus órdenes, mi general!

—Mayor Kremers… supongo que ustedes tienen algún hombre de confianza en Grecia, ¿verdad?

—La Gestapo, mi general, está en contacto con todos los hombres del mundo que admiran al Reich y le son fieles devotos.

—Perfecto, mayor, perfecto —el general Halder paseó por la estancia acariciándose, pensativamente la barbilla. Añadiendo con una gravedad no exenta de velada y sutil ironía—: No sé qué sería de Alemania sin la presencia de la Gestapo. Esto, mayor Kremers, ¿tenemos algún militar alemán que domine a la perfección la lengua helena?

Horst-Dieter Kremers que se sentía rabiosamente orgulloso de poder ofrecerle a su superior respuestas afirmativas, tajantes, sonrió con satisfacción al cabecear:

—¡Por supuesto que lo tenemos, mi general!

—¿Es un buen soldado?

—Excelente, mi general. Tan excelente como el griego que sabe pronunciar.

Sonrió el jefe del Estado Mayor al tiempo que decía: —Pues ése es mi hombre, mayor. Porque de repente me ha entrado una enorme curiosidad por saber las causas que obstaculizan el avance de los ejércitos de Mussolini hacia el interior de Grecia. Quiero saber las razones cuantitativas y cualitativas que han puesto freno a las ambiciones del Duce, ¿comprende, Kremers?

—A la perfección, mi general —se cuadró el miembro de la Gestapo. Agregando—, Si no ordena otra cosa más voy a disponer lo oportuno para que Günter Overath y…

—¡Magnífico, mayor, magnífico! Da gusto tratar con hombres como usted que interpretan sin necesidad de enojosas y engorrosas explicaciones lo que se pretende de ellos. Puede retirarse, Kremers. Y espero que me tenga puntualmente informado.

Taconeó, sonoramente a la par que gritaba:

—¡Se hará como usted desea, mi general! ¡A sus órdenes, mi general! ¡*Heil* Hitler!

CAPÍTULO II
Grecia. 23 de marzo de 1941

GÜNTER Overath estaba nervioso.

No por el hecho de tener que lanzarse desde un avión en paracaídas, maniobra que había repetido con éxito en más de cincuenta ocasiones, sino por la especial circunstancia que rodeaba aquel salto.

Los motores del Junker 111 atronaban el espacio con su monótono y rotante petardear, mientras el nerviosismo de Overath seguía *in crescendo*, pidiéndole a la fortuna y a los hados que todo saliera bien. Y no en la vertiente física, sino muy específicamente en la profesional. Consideraba Overath que era aquélla la primera misión delicada que iba a realizar al servicio de su patria, del III Reich para ser más exactos, y saldarla con un triunfo podía ser algo trascendente de cara al futuro si, como él y millones de alemanes esperaban, creían y suponía, Hitler acababa arrollando y la paz para mil años se convertía en una esperanzadora realidad. Haber cumplido con elevada nota una acción especial, delicada como aquélla, podía significar que más adelante se le tuviera a uno en cuenta para ocupar puestos de privilegio; de responsabilidad.

Las meditaciones de Overath quedaron rotas cuando en el panel de luces adosado en el tercio superior izquierdo del mamparo gris, oruga, que distanciaba el puente de mando del resto del aparato, brilló una luz anaranjada primero y otra de verde después.

Günter, al unísono que se encendía el piloto verdoso señalando vía libre para el salto, se puso en pie. Durante fracciones de segundo contempló con exquisita atención la barra estática del Junker que cruzaba éste desde la cola hasta el muro gris donde aparecía el cuadro lumínico. Luego, tomando el mosquetón de la cinta extractora del paracaídas de espalda lo llevó hacia el cable estático, tenso y silencioso, enganchándose y colgándose ligeramente de él hasta obtener la seguridad de que no podía salirse de allí bajo ningún concepto ni por causa alguna.

Se abrió en aquel momento la puerta recortada en el tabique que separaba la carlinga del resto del fuselaje, apareciendo un robusto mocetón de cabellos rubio-ensortijados que lucía uniforme de la Wehrmacht con divisas de teniente.

—¿Preparado, sargento? —preguntó.

—Sí, mi teniente. Preparado.

—Suerte, Günter —le llamó ahora por su nombre el de superior rango.

—Gracias, teniente.

El aludido, se cuadró en aquel momento, gritando:

—*¡Heil* Hitler!

Luego tomó carrerilla hacia la siempre abierta portezuela del Junker 111, dispuesto a salir al vacío.

Se detuvo unos instantes en aquel marco que distanciaba avión y abismo azulado, mirando a su superior, que volvió a preguntar:

—¿Preparado?

—¡Listo!

—¡Salte!

Overath se perdió en cuestión de segundos entre las sombras que poblaban el cielo griego en aquella noche de marzo de 1941, integrándose en ellas, convirtiéndose en una más, hasta que la cinta extractora rompió el precinto haciendo que la campana del paracaídas se fuese distendiendo, frenando la caída en el vacío del militar alemán.

Günter sintió como un violento tirón, el tirón brutal y despiadado de unas zarpas tan enormes como gigantescas que surgiendo de pronto por entre las tinieblas azulnegras del cosmos, se empeñaban en detenerlo, en frenarle para siempre obligándolo a flotar en el cielo.

Luego, su cuerpo se meció suave al arrullo de una brisa fría pero piadosa, notando que se reanudaba el descenso, pero ahora a una velocidad prudente, tranquilizadora y segura.

Overath se preguntó debido a su nerviosismo si abajo habría algún problema. Respondiendo al instante con otro interrogante, pero éste de cariz contemporizador: «¿Por qué tiene que haberlo?»

—¿Estará esperándome Andreas Dimitrou en el lugar convenido?

¿Por qué no iba a estar?

Dimitrou era un colaboracionista alemán cuya filiación política había controlado al máximo la Gestapo, por lo cual, no cabía esperar de él maniobra delatora ni nada por el estilo. Dimitrou pensaba en nazi y no existía motivo que justificara un cambio ideológico en la postura de aquel hombre ni razón válida que le hubiese estimulado a abandonar sus credos políticos.

Andreas Dimitrou estaría, obvio, en el sitio de antemano establecido.

Y Günter Overath, que había sido elegido para aquella misión tanto por su fidelidad al nacionalsocialismo alemán, a la causa del Reich, como por el hecho de hablar griego y hablarlo correctamente, sin acento que delatara su condición de germano… Y Günter Overath llevaría a feliz término la misión que le fuera encomendada: *informar al Estado*

Mayor de cómo estaba establecida la fortificación de la llamada Línea Metaxas; piezas de artillería en número aproximado y material antiaéreo que trataba de hacerla inexpugnable a un posible ataque desde el aire (lo de «inexpugnable» no pasaba de puro eufemismo), *efectivos humanos que iban a responsabilizarse de la utilización de aquel material y porqués de las dificultades halladas por los ejércitos del* fascio *para consumar la invasión de Grecia.*

Un informe exacto, puntual y preciso podría acabar significando un ascenso.

Pero para eso, a un lado su condición y sacrificio, su entrega al máximo, necesitaba una perfecta colaboración por parte del tal Dimitrou.

Hasta cierto punto, pensó Overath conforme se iba aproximando a suelo griego…

«Estoy en manos de Andreas. Tendré que ser hábil, evitar asperezas, entrambos y recordarle con suavidad y tacto quiénes van a ser los triunfadores en esta contienda y lo que significará haber estado de su parte y trabajando sin condiciones en pro de la causa del Reich.»

También imaginó que eso ya debía saberlo Andreas Dimitrou sin necesidad de que él se lo recordase.

Justo en aquel momento fue consciente Günter Overath de que la campana estaba dejando de ofrecer su máxima resistencia de frenado, cediendo en su tenso relleno de aire, lo cual significaba que se iniciaban aquellos cuatro coma cincuenta metros donde la caída se convertía en libre.

Ajustó los codos a los flancos poniendo su cuerpo como un cable a la vez que sus manos sujetaban las bandas con fuerza, encogía ligeramente las piernas flexionando con suavidad ambas rodillas y juntaba los tobillos para efectuar una perfecta toma de tierra.

Como así sucedió.

—¡Uf! —fue un soplido instintivo mientras procedía a dominar el paracaídas, cuya seda se hendía en tímida rebeldía intentando arrastrarle por el áspero piso de tierra y piedras a causa de las bocanadas de aire que lo flagelaban. Añadiendo, con un grafismo que a él mismo sorprendió y que anulaba por su agudeza lo que de pretendida metáfora pudiera tener en principio—: He caído con buen pie…

En efecto; y para ser más exactos aún: con dos buenos pies.

Overath, presto, como buen profesional de la milicia que era y un experto paracaidista, hecho que acababa de demostrar, recogió hábilmente y en menos de lo que cuesta explicarlo la seda que le había transportado desde la puerta del Junker hasta el suelo heleno y lo ocultó, precisamente, en una zanja que muy rápido abrió en aquél, ayudándose de un pequeño pico que llevaba cruzado bajo el cinto.

Luego, se deshizo del mono gris que por su color y modelo en nada comprometía, con nada le relacionaba y no tenía que identificarlo necesariamente con un soldado del Reich, apareciendo bajo él ropas de paisano cuyo corte se hallaba en consonancia con las exigencias del hombre medio griego.

Calculó Overath que estaba como a un kilómetro y cuarto, aproximadamente, de la ciudad-destino y a dos, metro arriba metro abajo, del punto donde debía coincidir con Andreas Dimitrou.

La zona levemente montañosa en la que se hallaba, con núcleos de arbustos y vegetación de características domésticas, parecía ser patrimonio de las negruras y el silencio.

Günter Overath, orientándose hacia los lejanos círculos de luces oscilantes y trémulas que parecían flotar en lontananza, al sureste según su ubicación en aquel instante, inició su breve y solitaria andadura. Aquellos chispazos brillantes correspondían al lugar exacto donde él tendría que desenvolver sus aptitudes militar-informativas, de espionaje si lo prefería, ayudado por el tal Dimitrou que era de suponer le estaría aguardando en el sitio convenido.

«Ya está bien de pensamientos y cavilaciones», se dijo para sus adentros.

Y avivó el paso.

Habría caminado una distancia que se podía calcular sobre los novecientos metros cuando el alemán creyó percibir arriba, en el cielo, encima de su cabeza, un ruido que por segundos se iba agigantando, haciéndose enorme, monstruoso.

De manera instintiva sus ojos se fueron al cielo oscuro distinguiendo en él una suave penumbra que enmarcaba la silueta fulgurante de un avión, un aparato aliado, obvio. De la RAF para ser más determinantes.

—¡Maldita sea! —masculló, contrariado—. ¡Estos hijos de perra me han descubierto durante el descenso! Y gracias que no me han… ¡Es un Spitfire británico!

Justo cuando descubría la condición y nacionalidad del pájaro de acero, su calidad de enemigo, pudo oír nítidamente el silbido.

La bomba…

Overath, en plancha, centelleante, se tiró contra el abrupto piso procurando permanecer aplastado contra él.

Segundos después el siniestro ululAR de la carga explosiva se convirtió en un trallazo espectacular, ensordecedor, bestial, que le hizo suponer al sargento nazi que sus tímpanos habían estallado juntamente con la bomba.

Pese a tener los ojos cerrados se dibujaron ante sus párpados corridos chispazos cegadores de color naranja vivo que se difuminaron en *flash* momentáneo para dejar paso a una crispación roja, escarlata, brillante

como la sangre, a la que siguió una pincelada negra, oscura como la misma muerte.

Günter estuvo cierto de que además de los tímpanos le había reventado la cabeza y los huesecillos que se desprendían de ella conjuntamente con los chorros sangrientos iban a fundirse, confundirse, con la crispación escarlata que se iba expandiendo igual que si obedeciera los designios de una cámara cinematográfica cuyas imágenes fueran ralentizándose.

Notó que súbitamente se elevaba del suelo y la onda expansiva del estallido lo proyectaba, por los aires, contra algo duro que le producía profundos dolores en el momento de tomar contacto. Por último tuvo la certeza de que era empujado, apretujado buscando su encogimiento hasta conseguir filtrarle por una grieta de inverosímil perímetro.

Al final, todo fueron sombras. Las sombras de una noche interminable, oscura, impenetrable.

Sombras que podían serlo de la muerte.

* * *

Tiró, con dificultad, hacia arriba, de los párpados.

Notando sequedad en el paladar y al mismo tiempo, gusto de sangre.

De forma maquinal, se palpó, dificultosamente por la pos tura, el rostro. Las yemas de los dedos se le quedaron pega das a la piel cuando recorrían la ensangrentada frente y la herida abierta en la parte superior de la sien derecha.

El dolor del cráneo y sobre todo de las mandíbulas era lacerante.

Y aquel peso extraño que sólo se hacinaba contra una parte determinada de su torso.

Bajó la mano que palpaba su faz y cabeza para unirla con la otra y llevarlas ambas, juntas, instintivamente unidas, a liberar el tórax de aquella presión que lo constreñía amenazando con la asfixia.

A tientas, los dedos recorrieron una silueta de extraña forma, aferrándola, consiguiendo alzarla con menos dificultad de la inicialmente esperada.

Consiguió llevarla hasta sus ojos de torpe parpadear, poner aquella forma delante de ellos tratando de identificarla… y sus labios compusieron, segundos después, una enorme «O» de asombro, de extraordinaria sorpresa.

Exclamando con débil registro:

—¡Pero…! ¡Si es oro…! ¡Oro puro!

* * *

La linterna brilló, de súbito, naciendo su luz cual de pronto en parto cegador, delante de las aún confusas pupilas de Günter Overath.

Y una voz metálica, acre, dijo:

—La noche sopló, apagó las casas y es tarde en mi alma.

Respondiendo el alemán, trémulo y deshilvanado:

—Ya… ya nadie responde doquiera que llame… el recuerdo me mata[3].

—¿Günter Overath?

—Soy… ¿Andreas Dimitrou?

—¡Lleva usted casi dos horas de retraso sobre el horario establecido! —gritó, excitado, el griego, sin molestarse en confirmar su identidad.

—¿No ha oído las bombas?

—Veo sangre en su rostro… ¿Era contra usted?

—Debieron verme descender del Junker. Era un Spitfire británico —se explicó, con torpeza todavía, el sargento Overath. Significando—: Estoy vivo de milagro.

Apagó Dimitrou la linterna para tomar de un brazo al alemán, asegurando:

—Necesita usted asistencia médica inmediata. Si cualquier patrulla militar le descubriera en tal estado, por mucho en griego que les hablase, estaría irremisiblemente perdido.

El nazi, irritado, se envaró. Puntualizando casi con rabia:

—*Estaríamos*… Estaríamos perdidos, amigo Dimitrou.

—No es momento de discutir, sargento.

Comenzaron a caminar presurosamente. Dijo Günter Overath de repente:

—A causa del bombardeo he hecho un descubrimiento extraordinario, Andreas.

El griego detuvo por unos instantes su andar volviendo el rostro hacia el otro.

—¿De qué me está hablando?

—De millones de marcos en oro puro.

Dimitrou abrió mucho la boca.

—¡Qué! ¿Dónde…?

—Después de la guerra pensaremos en eso, amigo. Le voy a necesitar para extraer esa fortuna, así que puede sentirse tranquilo. Ahora no es el momento, Dimitrou. No podríamos dar ni un paso con ese capital a cuestas y menos traducirlo en moneda sin despertar sospechas. Acabaríamos fusilados.

—¡Déme una pista al menos! ¿Ha pensado que puede morir antes de que la contienda termine?

—Estoy seguro de que a partir de ahora usted, Andreas, rezará con el

mayor fervor para que eso no suceda.

—Es usted un egoísta, Overath.

—Y usted un ambicioso, Andreas. Olvídese por el momento de esta catarata de oro que he descubierto. El Reich me ha enviado aquí con una misión específica que debo cumplir, con su ayuda, a rajatabla.

—¿Puedo saber al menos dónde vive usted en Alemania?

Overath, sin pensárselo dos veces, abofeteó al griego. Este encajó el castigo con las facciones crispadas, los puños apretados, pero dominando sus instintos de repeler la agresión.

Dijo el alemán:

—Otra pregunta al respecto y haré que la Gestapo se encargue de usted, Dimitrou. ¿Lo ha entendido bien?

Masticando las palabras, repuso:

—Creo que sí…

—Ya le he dicho que nos ocuparemos de ese *asunto* cuando la guerra concluya. Entonces me pondré en contacto con usted… Y ni una palabra más.

Andreas Dimitrou, furioso, conteniendo a duras penas la rabia y la ambición que como sentimientos predominantes se mezclaban, rugientes, dentro de su pecho, asintió con la cabeza.

Añadiendo:

—Usted manda, sargento.

CAPÍTULO III
Nueva York. Marzo de 1946

UNA de las costumbres, casi mecánica podía decirse, del prestigioso arqueólogo[4] norteamericano de ascendencia alemana por vía materna, Maximilian Sturges, una de sus inveteradas costumbres, decíamos, era buscar de inmediato el reverso de los sobres antes de abrir la correspondencia para conocer, primero que nada, la identidad del remitente.

Por eso le llamó la atención aquella fría mañana de marzo el sobre blanco, tamaño banca, grueso por el contenido, carente de nombre y señas en la parte posterior donde lógicamente debían venir consignadas.

Lo abrió antes que ninguno, obvio, estimulado por la curiosidad.

Comenzando a leer, con evidente avidez, el primero de los cuatro folios que contenía el sobre exento de remite.

Este era el texto:

Dusseldorf, 2 de marzo de 1946
Mr. Maximilian Sturges
117 Van Brunt St. South Brooklyn
NEW YORK (United States of America)

Distinguido y admirado profesor:

No sé si le sorprenderá mucho o poco esta carta de un desconocido (lo que si le habrá intrigado, en principio, imagino, habrá sido la ausencia de remitente), pero pienso que todo eso carece de importancia y no voy a perderme en vacías exposiciones sobre el por qué he decidido escribirle cuando, lo verdaderamente trascendental, es el motivo por el que estas letras están ahora en sus manos.

Como no soy un virtuoso de la sintaxis y las meticulosidades literarias me han preocupado siempre muy poco, por la vía más directa y a mi manera pasaré a explicarle la razón de todo esto.

Durante la recién terminada guerra fui lanzado en paracaídas sobre un punto determinado de Grecia para llevar a cabo una arriesgada misión en favor de mi patria y del ejército al que yo servía. A poco de

tomar tierra, un avión inglés que había fijado mi posición en el aire, detectado el salto o localizado cuando aterrizaba, bombardeó aquel área, ametrallando poco después en vuelo rasante la zona por la que me movía tratando de escapar del fuego. Todavía hoy me pregunto cómo sucedió pero el caso concreto fue que una de las bombas, o mejor dicho su onda expansiva, me introdujo en una ranura abierta en la tierra por la que de habérmelo propuesto difícilmente habría logrado colarme sirviéndome de mis propios medios. Durante varios minutos permanecí inconsciente o medio *groggy*, mientras afuera, el pertinaz piloto de la RAF continuaba peinando con el fuego de su ametralladora el sector en donde me suponía oculto. Al volver en sí dentro de aquel caparazón natural que sin lugar a dudas me había salvado la vida, torpe aún y con dificultades para concretar con exactitud lo que acababa de suceder, noté un extraño peso, una presión contra mi tórax. Al tomar conciencia exacta del porqué de aquel peso, al descubrir cuál era la causa de que yo sintiera semejante agobio encima del pecho, me quedé boquiabierto. Total mente incrédulo. Después, recobraba por completo la razón y escarbando un poco en la tierra más por instinto que por otra cosa, acabé por alcanzar la totalidad de un descubrimiento insólito. Alucinante, profesor, de veras.

No quiero ocultarle que la codicia frente a lo descubierto me cegó y que mi primer pensamiento fue el de que, una vez concluida la guerra, regresaría a aquel lugar para adueñarme de la inmensa fortuna que el destino me había llevado a descubrir. Cuando logré salir no sin enormes dificultades a través de la hendidura por la que la onda expansiva me había colado con sorprendente facilidad, para encontrarme con el colaboracionista griego que debía apoyar y cubrir la misión por la que se me había lanzado allí, no supe dominarme y sin facilitar, eso sí, ningún dato que pudiera alertarle sobre la naturaleza de mi extraordinario descubrimiento, sí le dije que lo había efectuado y que traducido en cifras valía una fortuna. Andreas Dimitrou me presionó para que fuese más explícito y respondí que por el momento no iba a decir ni una sola palabra más acerca de mi hallazgo; que una vez terminada la guerra me pondría en contacto con él, porque necesitaba la ayuda de alguien del país, y ambos desenterraríamos aquel impresionante tesoro.

La contienda, como todos sabemos y con triste signo final para el Reich, ha concluido. Y es muy posible que las crueldades que me fueron dadas a ver en los últimos meses de lucha, los horrores y las acciones brutales de unos y otros, el desprecio que ahora siento por la guerra y por aquellos que la fomentan… todas esas cosas, profesor, y el haber llegado a la conclusión de que los bienes terrenos y la riqueza poco o nada significan en el devenir del hombre a la hora de enfrentarse con la cruel realidad de la muerte, me han hecho cambiar radicalmente de

opinión decidiendo que es al pueblo griego, a la humanidad toda, y no a mí, a quien corresponde el fabuloso legado que accidentalmente llegué a descubrir. Y ése es el motivo verdadero de estas letras. Ese y el saber que estoy acosado muy de cerca por Andreas Dimitrou, quien en fechas recientes me ha escrito un par de cartas (la segunda es prácticamente un ultimátum), mientras me pregunto aún cómo ha logrado hacerse con mis señas, por todas esas razones, poderosas a cuál más profesor, he decidido confiarle a usted, cuya condición de arqueólogo y su conducta intachable tanto en lo personal como en lo profesional me merecen la máxima confianza y el más alto respeto; he decidido confiarle la naturaleza de mi descubrimiento. Para ello, convengo y discúlpeme que haya tomado la decisión por mi cuenta y riesgo sin previa consulta, que nos reunamos en Atenas, en el hotel Maison Theodosi. Podemos encontrarnos a las doce del mediodía del 5 de abril en el salón anexo al *comptoir* donde nos identificaremos por el clavel blanco que usted lucirá en el ojal de la solapa de su chaqueta y el rojo que yo llevaré en idéntico lugar de la mía.

Antes de despedirme, o mejor dicho de enviarle un «hasta pronto» en espera del día de nuestro encuentro, como soy consciente de que mi vida está amenazada, de que corro serio peligro de muerte a causa de la ambición desmedida de Andreas Dimitrou, le añado a la presente un cuarto folio en el que, a modo de jeroglífico, le hablo de mi descubrimiento y de su correcta ubicación. El hecho de que no exponga abiertamente la índole y lugar del mismo, sólo se debe a que nadie me garantiza que esta carta vaya a llegar a sus manos virgen e incólume; ni usted ni yo podremos saber si alguien ha participado de este texto y entonces sería fatal que yo revelara de una forma concreta aquello que hasta ahora he guardado tan celosamente. Sé que de ocurrirme algo usted hará buen uso del secreto que le confío porque no me cabe la menor duda de que sabrá interpretar correctamente el jeroglífico adjunto.

Sin más por el momento, quedo esperando ansiosamente el día de nuestra reunión y le hago llegar el testimonio de mi respeto y afecto profundos.

Atentamente.

Y firmaba aquel amplio y sorprendente escrito: Günter Overath.

El arqueólogo, por espacio de varios minutos, permaneció confuso, pensativo, acariciándose meditativamente la barbilla.

Después, volvió a leer la carta.

Por último, desdobló el folio cuarto donde, a modo de jeroglífico, efectivamente, Overath revelaba el lugar exacto y la naturaleza según él de un extraordinario tesoro, que había descubierto de manera accidental en el transcurso de una misión bélica llevada a cabo en Grecia durante

la Segunda Gran Guerra recientemente finiquitada con el aplastamiento del Reich y la eliminación del fascio italiano.

Extendido el folio encima de la mesa, Maximilian Sturges lo examinó con atención e interés. Con profesional curiosidad.

Mientras, despacio, murmuraba:

—Mitología… Mitología griega. Y romana también. Pero en principio no alcanzo a entender el significado. Si se hace necesario, será cuestión de desmenuzar este jeroglífico cual cadáver en una autopsia.

CAPÍTULO IV
Atenas. 5 de abril de 1946

MAXIMILIAN Sturges consultó por tercera vez y casi consecutiva con la segunda, su reloj de pulsera.

12 horas y 37 minutos del mediodía.

Extrañó al arqueólogo la falta de puntualidad de quien le había citado allí, máxime teniendo en cuenta que los germanos, Sturges descendía de alemanes por vía materna, gozaban de un sentido exquisito de la puntualidad.

Más que extrañeza, cuando a la cuarta vez pudo comprobar que las manecillas estaban a escasos segundos de las 13 horas, el profesor experimentó una alarma interior.

Sin pensárselo dos veces salió del salón y ya en el *comptoir* le preguntó a uno de los funcionarios:

—Oiga…

El empleado, solícito al máximo, no le dejó concluir, inquiriendo:

—¿Desea algo, míster Sturges?

—Sí. Mire… Yo tenía que coincidir aquí con un antiguo amigo, herr Günter Overath. ¿Sería factible saber si ha llegado ya al hotel?

—¡Por supuesto, míster Sturges! Por supuesto… Enseguida le informo de ello —y tras consultar las hojas de un voluminoso libro registro afirmó—: Pues sí, así es. Herr Overath llegó ayer a la Maison Theodosi y le fue asignada la habitación 627. ¿Alguna otra cosa, míster Sturges?

Negó el arqueólogo con la cabeza.

—No. No… Muchas gracias —dijo, alejándose del *comptoir* hacia uno de los elevadores situados en el vértice izquierdo de la rotonda que formaba el vestíbulo.

Preocupado y cabizbajo.

Porque era totalmente ilógico que Overath se hallara en el hotel desde el día anterior y no hubiese acudido a la cita que él mismo provocara.

Ilógico y alarmante también.

—Planta sexta, señor —anunció el botones. Y viendo que su único pasajero, ensimismado, no hacía ademán de moverse, preguntó, alzando

un poco su tono de voz—: ¿No me ha dicho la planta sexta, señor?

—¡Eh! —volvía desde la profundidad de sus meditaciones, agoreras meditaciones—. ¿Cómo…? ¡Oh, sí, claro! Perdón. Planta sexta, sí. Disculpe. Me había distraído.

—No tiene importancia, señor.

—Gracias…

Y salió del elevador avanzando por el amplio y extenso pasillo alfombrado por aquella tira de peluche en donde los pies se hundían sigilosa y muellemente.

Tras el primer recodo, a la izquierda, apareció ante sus ojos, de súbito, casi asustándole como si de una pesadilla se tratara, la habitación señalada con el número 627.

Se detuvo frente a ella permaneciendo durante casi un minuto, indeciso. Lo mismo que si dudara de que lo que iba a hacer fuera lo mejor, lo racional y coherente.

De pronto y saliendo como a impulsos de un resorte de la inicial abstracción, del inexplicable marasmo, alzó la diestra convertida en puño para golpear con los nudillos la hoja de reluciente madera color caoba.

Y sólo con el tímido empuje de los golpecitos la puerta, que obviamente no estaba cerrada con llave ni con la simple caída de la cerradura, cedió adelante.

Hacia dentro.

Al instante, un nudo espeso de saliva taponó tráquea y faringe del arqueólogo y el corazón perdióse en secos aldabonazos, rapidísimos y sofocantes, primer síntoma de lo que podía definirse como una taquicardia paroxística.

Pese a la desbandada de su sistema neurovegetativo a consecuencia de la funesta premonición establecida al hallar la puerta abierta, Maximilian, penetró.

El vestíbulo de la habitación estaba iluminado, en orden y desierto, lo mismo que la sala contigua. Desde ésta obtuvo el arqueólogo una pincelada fugaz del interior del dormitorio ya que, la puerta que separaba ambas estancias también se encontraba unos centímetros entreabierta.

Avanzando con lentitud llegó hasta ella empujándola para que la jamba diera paso franco al quedar abierta de par en par.

El dormitorio, sí.

Con una amplia cama en el centro.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose ambas manos al rostro—, ¡Qué horror!

Encima del lecho, a medio vestir pues mostraba el torso desnudo, perniabierto y decúbito supino, había un hombre.

Muerto.

A consecuencia del negro orificio, negro y chamuscado, que un proyectil le había abierto en el entrecejo.

Muerto, sí.

«Sé que de ocurrirme algo usted hará buen uso del secreto que le confío porque no me cabe la menor duda de que sabrá interpretar…»

Günter Overath había acertado al referirse al riesgo que últimamente corría su vida.

Günter Overath estaba muerto.

Y eso, aquella tragedia inesperada, trajo al pensamiento del arqueólogo el nombre de Andreas Dimitrou.

Segunda Parte
JEROGLIFICO

CAPÍTULO PRIMERO
Nueva York. Noviembre de 1983

—NO se acuerda de mí, ¿verdad?

Neil Forrester la contempló, con largueza, en absoluto silencio.

Pues no. No se acordaba. Y de veras que era para joderse no recordar una carita tan linda como aquélla, con unos ojazos tan impresionantes azules, con un estigma exótico tan incitante y excitante, con aquellos labios de sensuales grietas llenas de sangre… «boccucia di rosa» que hubiera dicho un italiano vehemente y apasionado —la mayoría de los latinos lo eran—, con un cuerpo como el que colgaba a través del cuello de aquel rostro delicioso y compuesto de pequeñas maravillas. Un cuerpo que parecía de ejército por lo marciales que eran sus pechos, pechos de un desafiante casi agresivo que parecían recrearse exhibiendo la erectud que les proporcionaba la primavera de la vida, la pujanza casi brutal de la juventud…

De verdad que era una auténtica jodienda no acordarse de haber visto con anterioridad aquella belleza curvilínea que sorprendía por el mensaje profundo y pródigo de sus pupilas lumínicamente azuladas bajo el contraste azabache de unos cabellos cortos, casi rapados alrededor de la cabeza, oscuros, negros y brillantes como una noche de tragedia, cual noche de extremada pasión.

—Por más que lo intento no consigo…

—¿Le ha dicho su secretaria que me llamo Terry Sturges?

El interrogante sorprendió a Forrester cuyas cejas se arquearon recorriendo de nuevo, por enésima vez, rostro y figura de aquella octava maravilla del universo con la que tenía la fortuna de solazar sus ojos grises.

—Si. Pero no entiendo…

—Sturges —insistió ella.

Neil Forrester, tras un respingo, dio un manotazo sonoro encima del escritorio que le distanciaba de su visitante.

—¡Maximilian Sturges! ¿Se refiere a él, no es cierto? —vio el cabezazo de asentimiento de la chica aprovechando para abrir otro interrogante—. ¿Su padre?

—Sí…

—Entonces lo siento, Terry. Leí hace pocos días la noticia de su muerte. De veras que ha sido una gran pérdida. Un paro cardíaco, ¿no?

Terry se removió inquieta en el fondo de su asiento.

—Bueno… —mordisqueaba, aumentando su nerviosismo, el carnoso y rojizo labio inferior—. Eso fue lo que mi madre pudo conseguir que certificara el doctor Bergman.

El hombre, volviendo a sorprenderse, arqueó las cejas de nuevo.

—No entiendo lo que quiere decirme, Terry.

—A lo mejor es que prefiere no entenderlo, señor Forrester —apuntó la muchacha crudamente.

—Apéame del tratamiento, chica. Neil a secas… ¿Me estás diciendo que asesinaron a tu padre? —y la tuteó por primera vez.

—No es que yo lo diga… *es que lo asesinaron.*

—¿Podemos ir por partes, Terry? —Forrester echó atrás su asiento para cabalgar cómodamente una pierna sobre la otra, dispuesto a escuchar con atención la que intuía insólita historia de Terry Sturges.

—Tú… —inició ella. Y mirándole con súbita fijeza, preguntó—: ¿Puedo?

—¿Tutearme? ¡Claro! Lo prefiero.

—Tú no te acordabas de mí porque la única vez que me viste yo era una adolescente. Tenía quince años recién cumplidos… Y hace días de eso. Yo sí que me fijé en ti, y mucho, porque eras el hombre más personal e interesante que había visto hasta entonces. Algo así como un héroe de novela.

—¿Y en estos diez años… —una sonrisa infantil, burlona y fría a la misma vez, ocupó los labios varonilmente sensuales de Neil Forrester— has encontrado otro que me superase?

El rostro de Terry se iluminó todavía más, si ello era posible, a causa de una brillante y espontánea sonrisa.

—¿Debo responder la verdad?

—Por favor…

—No. No he visto ningún otro —y se puso roja como una amapola. Dos circunferencias escarlatas se adueñaron de la totalidad de sus mejillas y su cara preciosa semejó, por unos instantes, la de un simpático pierrot.

—Gracias, Terry. Saber eso me reconforta. Puedes seguir con tu relato. ¿Qué le sucedió a tu padre y por qué?

—Antes —dijo la chica parpadeando y removiendo sus prietas nalgas en el fondo del asiento—, quisiera mencionar que estoy al corriente de lo que pretendías aquella vez que visitaste a mi padre. Tú eras entonces un agente de la CIA; ignoro si continúas siéndolo y este bufete de detective privado no es más que una tapadera…

—Hace tres años que me marché de la Central Intelligence Agency —

aseguró Forrester.

—Como persona sensata que creo ser —volvió a sonreír la morena de azuladas pupilas, ampliamente—, debo felicitarte por lo acertado de tu decisión.

—Gracias una vez más, Terry. ¿Por qué no vas al grano, eh?

Ignoró la firmeza del postrer interrogante de quien aseguraba haberse olvidado de la CIA para ejercer simplemente como *private eye*, con oficina abierta para semejantes menesteres en la privilegiada zona del Queens neoyorquino que bañaban las aguas del Atlántico y que se denominaba *Belle Harbor*… en el 97 de Rockaway Beach Boulevard, para ser más concretos.

Terry, tenaz y perseverante, hasta contundente podría decirse, terca si mucho me apuran, ignoró, decía, la firmeza interrogante de Neil Forrester acerca de la cuestión que hasta allí la había llevado, para insistir:

—Te decía, Neil, que sé la circunstancia que motivó aquella visita tuya a mi padre. Al arqueólogo Maximilian Sturges.

—Yo también recuerdo aquello y me parece absurdo que…

—Necesitabais de un hombre admirado al que le fuesen abiertas todas las puertas del mundo sin recelo ni reserva. Papá estaba preparando una expedición a Egipto y vosotros, la CIA, a través de ti, le insinuó que…

—¡Ya basta! —estalló Forrester, puñetazo a la mesa y poniéndose en pie—. Tu padre dijo «NO», lo aceptamos y jamás volvió a molestársele. Si has venido para discutir eso coge la puerta y piérdete, muñeca.

—¡No me trates como a una cualquiera! —se desesperó también ella, alzándose a su vez y adelantando su bonito rostro por encima de la mesa para acercarlo, desafiante, al de Forrester.

El hoy detective hizo, al instante, una cosa.

Sus brazos se dispararon alrededor de la nuca de Terry Sturges y la trajeron hacia él para que sus labios salieran febriles al encuentro de la excitante *boccucia di rosa* que diría un italiano vehemente y apasionado… estrellando en la boca de la deliciosa criatura el beso más ardiente, más volcánico, que ella jamás hubiera recibido.

Terry, tras una inicial y breve resistencia, se abandonó, se columpió perezosa en la caricia, sorbiendo con los suyos los labios ávidos de aquel «cara» que besaba de maravilla. Mordisqueándolos, incluso, con profunda complacencia.

Jadeaban, ambos, al separarse.

—No… No ha estado mal, pesquisa. ¿Siempre besas así?

—¡Por favor! Esto lo guardo para las excepciones. Y tú eres una chica excepcional. Oye… —Neil se echó de nuevo al fondo del asiento. Para largar tras la pausa una pregunta casi ofensiva—: No habrás venido sólo

para que calme tus ansias lúbricas, ¿verdad?

—Muy grosero de tu parte, Neil. Mucho. Mira… —abrió el bolso que colgaba de su hombro derecho por medio de una larga correa de cuero y extrajo unas hojas que tendió a Forrester, añadiendo—: Mi padre recibió esta carta hace años.

El ex miembro de la Central, tomando los folios, comentó:

—Treinta y siete, para ser exactos, si juzgamos por la fecha de este escrito. ¿Y…?

—Léelo.

—*Okay.*

Leyó.

—¿Fue tu padre a Atenas?

—Y descubrió a Günter Overath con un balazo entre los ojos tendido encima de la cama de su dormitorio —repuso ella sin demasiada emoción.

—¿Luego? —seguía siendo parco y cortante en las preguntas el hoy investigador privado.

—Tuvo la suerte de que la policía griega no estableciese el menor vínculo entre él y la muerte… asesinato del alemán, regresando a Nueva York.

—Aquí habla de un jeroglífico, Terry.

—En el 46 mi padre se olvidó de todo. De la carta, de Overath, aunque esto último, conociéndolo, me imagino que le costaría y también del jeroglífico. Lo guardó en una carpeta azul que fue a ocultar en lo más recóndito de sus archivos, junto a la carta que acabas de leer.

—¿Por qué razón «desenterró» la carpeta?

—¿Cómo sabes que…?

—Porque soy un pesquisa muy inteligente e intuitivo, cosa que puedes comprobar. Y porque no me gusta perder el tiempo. Y porque como ves, me gusta siempre ir al meollo de la cuestión. Sigue…

—¡Eres un tipo alucinante!

—Me lo han dicho otras veces. Continúa.

Terry Sturges cruzó sus fabulosas piernas y la puñetera faldita plisada a cuadros marrones y crudos, encogiéndose, manifestó una generosa ración de unos muslos tórridos, plenos y apetecibles.

Él se lo dijo antes de que ella prosiguiera:

—Tienes unos muslos de «usar», bonita.

—Mi novio me lo dice con frecuencia.

—¡Ah! Tienes novio y todo, ¿eh? Corramos un tupido velo. Pero… ¿No te importaría cornificarlo conmigo, cierto?

Terry Sturges lanzó unas ruidosas carcajadas.

—No. No… —exclamó mientras seguía riendo—. En absoluto.

—Sabía que estabas por completo liberada. ¿Decíamos? ¡Ah, sí! Ibas a contarme el por qué la carpeta salió de nuevo a la luz. Te escucho, prenda.

—Papá tuvo un infarto. Eso le hizo pensar, supongo, que no podía morir dejando el descubrimiento del alemán en el anonimato. Estuvo un par de meses o quizá más estudiando el jeroglífico hasta que, al parecer, dio con la correcta interpretación del mismo. Y pese a lo delicado de su salud organizó un viaje relámpago a Grecia haciéndose acompañar por Peter…

—¿Quién es Peter?

—Peter Lewis es ese novio que yo tengo. Según mi padre un arqueólogo de gran porvenir.

—¿Y según tú?

—Un tío que está potable.

—Ya… ¿Y qué hizo Sturges una vez en Grecia?

—Misterio.

Neil avanzó el rostro con expresión entre irónica e intrigada.

—¿Me tomas el pelo, muñeca?

—¡No me llames muñeca! No soy una tía de cabaret.

—Pero estás tan de «usar» como muchas de ellas. Peter te diría lo que hizo tu padre en la tierra de Onassis, ¿no?

—Nones. Se quedó *in albis* porque fue voluntad de mi viejo que lo esperase en Atenas, pendiente del teléfono día y noche por si tenía necesidad de llamarlo.

—Maximilian se largó de Atenas dejando al arqueólogo de gran porvenir colgado del teléfono, ¿eh? Original. Y extraño. Pero sabrá al menos hacia dónde se dirigió tu padre, ¿no?

—Tampoco. Todo lo que sabe Peter es que papá estuvo cuatro días ausente y que regresó como muy excitado. Su estado de ánimo, según mi novio, iba mucho más lejos que el producido por una simple emoción.

—Y de vuelta a Nueva York no comentó con nadie nada de lo sucedido, de lo que había descubierto en Grecia. ¿Eh?

—Nada con nadie, investigador. Pero se puso en contacto días después con las redacciones de los periódicos de mayor impacto y tirada convocándoles para una rueda de prensa. Hubo algunos informadores que se olieron el notición y trataron de presionarle para ser recibidos en privado. Sólo accedió con Roger Miles del *Herald Tribune*, por el que mi padre siempre había sentido una especial admiración, habiéndole obsequiado en ocasiones precedentes con alguna deferencia. Pero esta vez fue inaccesible. No le hizo la menor concesión a Miles que se fue con la cola entre las patas y sin otra alternativa que esperar el día de la rueda de prensa.

—¿Qué pasó ese día?

—Nada. Mi padre murió veinticuatro horas antes. Asistolia[5]. Pero provocada. Según Clark Bergman alguien le administró una inyección de aire.

—¿Y por qué tu madre le hizo rectificar?

—Bergman hace treinta años que ocupó la plaza inamovible de facultativo de cabecera de Maximilian Sturges… y veintiséis que estaba locamente enamorado de Norma Sturges, mi madre. Ella, de joven, era lo que se dice una tía maciza con todas las de la ley. Y diez años más joven que su marido. Clark Bergman se bebía los vientos de Norma y ella siempre ha abusado un poquito de eso. Mamá odia el escándalo. Como todas las mujeres de su generación. Una generación llena de convencionalismos, de miedos, de tópicos… y de puñetas. La horrorizaba la idea de que nos viéramos involucrados en un crimen del que, ¡paradoja!, su marido y mi padre eran la víctima. Bergman ha protagonizado la bajada de pantalones del siglo. Pero una vez más, por lo que a él respecta, Norma se ha salido con la suya.

—De película… Palabra —comentó al término de la narración, Forrester, con aquel su aire de ausencia o de «pasar» un poco del entorno. Quizá se trataba de una postura existencial con la que buscaba provocar la reverencia de los demás o, como en aquel caso posiblemente, excitar la agresividad innata de su contertulia. Preguntó —: ¿Y qué quieres que haga yo?

—No ir de importante por el mundo. No andar perdonando vidas con esa estúpida superioridad que te inventas y de la que careces.

—Tras esa lección de humildad, ¿qué?

Le echó con mucha rabia un nuevo folio encima de la mesa.

—Que descifres este jeroglífico.

—No es lo mío —comentó, tomando la hoja con indiferencia.

—En la Central te apodaban «Filósofo» por tu sólido bagaje cultural. Además, te tiraste mucho tiempo en cifrados y claves, ¿no?

—Me intrigas, muñeca…

—¡Que no me llames muñeca he dicho! —y en medio de su evidente cabreo se fue adelante buscando los labios del pesquisa. Tras saborearlos a modo en lo que se vio largamente correspondida, sopló—: ¡Buuuuuf! Si no fuera porque besas a rabiar… Neil. Neil, por favor. Te necesito.

—¿Para?

—Para saber quién mató a mi padre y por qué. Y ese porqué intuyo ha de estar en la solución de ese jeroglífico, ¿no crees?

—Más bien sí. ¿Y Peter Lewis?

—Si es por *eso*, ¡lo mando al cuerno hoy mismo!

—Gracias, pero no me estaba refiriendo a ese apartado de la cuestión. Ya se largará él solito cuando se dé cuenta de que estás loca por mí. Sabrá al verme que soy irresistible para las mujeres. No es más

que la realidad, nena —y lo decía con aplastante y molesta seguridad. Totalmente convencido de que era así. Y continuó—: He querido decir que como joven arqueólogo de brillante futuro estará interesado también en descifrar el jeroglífico, ¿no?

—Lo está. Y tiene una fotocopia de él. Pero le faltarán años en su vida para interpretarlo. No comparto el criterio de mi padre respecto a las posibilidades intelectuales de Peter.

—¡Ah…! ¿Y yo sí lo descifraré?

—Sí. Si te lo tomas en serio.

Neil Forrester, 34 años de calendario, 187 centímetros de estatura, constitución de atleta con poderoso tórax y recios hombros, bíceps que se manifestaban bajo la chaqueta del chándal gris con logotipo de «Adidas», facciones de masculino atractivo con pupilas grisáceas, frías y escrutadoras, que parecían desnudar cerebro y cuerpo de quienes caían enfrente, lo último sólo si eran preciosas damas o hermosas jovencitas como Terry Sturges; Neil Forrester, sonrió, suave, con su impronta fingida de altanería que tanto mosqueaba a su interlocutora.

—Entiendo que no puedo defraudar la fe que tienes puesta en mí.

—Imposible esperar menos, filósofo.

—Sin pasarse, muñeca.

—¡Me crispas los nervios, pseudopasota!

Neil había extendido la hoja que representaba el jeroglífico, siguiéndola con atención. Con el máximo interés.

La primera línea estaba compuesta por bustos de figuras mitológicas. Dioses de la mitología griega en su mayor parte entre los que se intercalaba alguno de la romana. Musitando, conforme reconocía cada uno de los personajes allí representados.

—Thanatos, mensajero de la muerte; Eros, divinidad primordial de la reproducción de las especies y dios del amor; Selene, diosa de la Luna; Atenea, diosa de la inteligencia, la razón, las artes, la literatura y la industria; Leto, diosa, y madre de Apolo y Artemisa… —hizo una pausa al centrar su foco visual en el busto que de izquierda a derecha según la primera línea del jeroglífico, seguía al de Leto. Exclamando—: ¡Este es Orco, de la mitología romana! Orco, dios de la muerte. Y le sigue Neptuno, que según el mito romano también era el dios de los mares, del elemento líquido y de los temblores de la tierra. Luego de estos dos últimos, el autor del jeroglífico regresa de nuevo a la mitología griega —aunque Neil Forrester hablaba en voz levemente audible, lo hacía entre dientes y para sí—, porque sigue con Iris, diosa mensajera de los Olímpicos que personificaba el arco iris; Cibeles, diosa de las fuerzas reproductoras en la naturaleza, y por último. Afrodita, diosa de la belleza y el amor. Vaya, vaya, una primera línea con diez *fotografías*, dos del Olimpo romano y ocho del griego. Vaya, vaya…

Terry, boquiabierta, asombrada al descubrir que bajo la postura existencial, desenfadada, insultante en momentos y autosuficiente en principio, de Neil Forrester, se ocultaba algo más que un hombre apuesto tratando de utilizar su aparente pedantería para minimizar al resto de los humanos… se ocultaba bastante más que simplemente un hombre, convencida ya de que aquél era *su* hombre en todos los aspectos, facetas y sentidos; boquiabierta y asombrada, no pudo contenerse y exclamó en el superlativo de la espontaneidad más sincera:

—¡Eres un monstruo, muchacho! Debajo de esos pelos hay algo superior a la cabeza de un filósofo. Tu capacidad para memorizar es asombrosa, ¡tú no te me escapas, Neil Forrester! Si no quieres pasar por la iglesia ni por el juzgado me da igual, pero tú serás de una servidora cueste lo…

—¿Por qué no dejas de decir estupideces?

—¡Si es que no sé lo que digo! O puede que sí… ¡Me tienes alucinada!

Como si no la oyera prosiguió Neil aquellos comentarios en voz alta destinados, en realidad, a sí mismo. Inquiriéndose, meditativo:

—¿Me pregunto por qué Günter Overath incluyó dos dioses de la mitología romana habiendo elegido como base del jeroglífico la griega? Además, Orco y Neptuno que son los utilizados, tienen sus equivalentes en el Olimpo griego: Thanatos y Poseidón. De Thanatos se ha valido para comenzar esa línea horizontal superior pero luego no ha querido repetirlo… y ha descartado a Poseidón para servirse en su lugar de Neptuno. ¿Por qué? —un silencio. Un absoluto silencio que Terry reverenció escrupulosamente conteniendo hasta la respiración. De súbito, fue truncado por el propio Neil: estallando su puño derecho, fuerte, estruendoso, contra la mesa. Seguido de la satisfactoria y estridente exclamación—: ¡CLA RO! Claro. Y lógico también. Lo que pretendió el alemán fue escribir un nombre, una palabra… *utilizando la inicial de cada uno de los apelativos de esos dioses mitológicos*. ¡Por eso no repitió Thanatos y por idéntica razón hubo de utilizar a Neptuno en lugar de Poseidón!

—Me tienes en ascuas, Forrester. Ni loca hubiera sido capaz de imaginar que podrías sacar conclusiones de «eso» en un tiempo récord. ¿Y no quieres encima que diga estupideces? ¡Si estoy por hacer bailar una peonza en la punta de mi nariz!

—Ya vale, Terry. Sé que estás confundida, lo entiendo. Pero si sigues así lo creeré de verdad. Y tú no querrás que yo me sienta el hombre más importante del mundo, ¿verdad?

Estiró el cuello para buscar la boca del ex CIA.

—Más bien sí —dijo tras el ígneo beso—, ¿Por qué no iba a quererlo?

—Si luego de acostarme contigo sigues teniendo en mí el impacto

que hasta ahora —comentó él con igual tono que si hablara de algo sin importancia—, es posible que decida vivir contigo una larga temporada. ¿Qué opinas, nena?

—Hecho.

—¿Y Peter Lewis?

—Lo que tú has dicho antes, Neil: renunciará voluntariamente.

—¡Es cierto! Lo he dicho, ¿eh? Veamos, veamos… —se centró de nuevo en la interpretación del jeroglífico—. Siguiendo el orden de izquierda a derecha, la primera letra es una «T», la segunda una «E», «S» la tercera, la cuarta es la «A», le sigue luego la «L», después una «O», «N» de Neptuno, a continuación la «I», tras ésta la «C» y por último… otra vez la «A» —extrajo un bolígrafo del cajón central de su escritorio, al tiempo que murmuraba—: Las colocamos en orden una tras la otra y tenemos… T ES AL O NI C A —y gritó—. ¡TESALONICA! Naturalmente, Tesalónica. Una ciudad de Grecia. Una de las más importantes. Ahí fue lanzado en paracaídas Günter Overath durante la Segunda Guerra Mundial. Y ahí encontró el tesoro, el fabuloso tesoro del que le hablaba a tu padre en la carta.

—¿Qué tesoro, Neil?

—Piano, prenda, piano. Dicen los italianos que quien camina despacio llega lejos. ¿Entiendes?

—Sí, claro. Pero eso no debe rezar para quien, como tú… ¡vuela en sus interpretaciones! —exclamó la bella y luminosa Terry.

—Ves —el índice diestro de Neil puesto encima de la hoja donde un alemán asesinado en una habitación de la Maison Theodosi de Atenas en el 46, diseñara su jeroglífico, estaba señalando la parte central, la que aparecía bajo la primera línea ya descifrada, donde veíase una sola imagen, un único busto. Y explicó—: Este es Cronos. Cronos, padre de Zeus, divinidad suprema del Olimpo, del panteón de los Ancianos, dios de los fenómenos físicos y ordenador e inteligencia del mundo. No veo el significado de Cronos, solo, único en una línea. Imposible traducirlo por sí mismo. La interpretación tiene que estar en algo que él representa. Cronos era un titán y su mayor majestuosidad era la de ser padre de Zeus. Cronos era hijo de la noche, oscuro e invisible, y elaboraba sus decretos en la sombra extendiendo su ineluctable dominio por doquier; ni el mismo Zeus podía oponerse a sus designios sino antes acatarlos como el más humilde de los mortales.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —no disimulaba ella su admiración.

—En la CIA.

—¡Inaudito! ¿Te estás «quedando» conmigo?

—No, pequeña. Hablo en serio. Hubo un tiempo en que era frecuente servirse de las mitologías y sus deidades a la hora de cifrar mensajes. Pero a pesar de eso sigo sin saber lo que quiso decir Overath

representando a Cronos, solo, entre las dos líneas. Veamos la inferior si te parece, ¿eh, muñeca?

—Te juro que ya no volveré a enfadarme porque me llames muñeca.

—¡Que no es para tanto, niña! —exclamó él, mirándola con expresión entre picara e ingenua. Con la sensualidad de un travieso adolescente que no se atreve a reflejar en su mi rada todo lo que siente, pero que lo insinúa.

—Sólo a mi padre admiré de esta forma —habló la chica, contundente y sincera—. Y me hicieron falta años para eso, para lo que contigo me han bastado minutos. Y lo peor es que de ti, encima, me estoy enamorando. ¡Que me ha entrado fuerte lo tuyo, Neil Forrester!

—Has venido impresionada por aquella imagen que te formaste de mí cuando adolescente. Soy mortal y humano,

—¿De veras?

Olvidó al momento la pregunta.

—Tenemos una última línea con más esfinges mitológicas. Nueve en este caso. Veamos… Siete griegas y dos romanas. Esta última es la misma, repetida. Pero sigamos como antes el orden de izquierda a derecha. Ahí está Afrodita y nos servimos de su inicial para anotar la «A»; le sigue Cibeles y escribo pues una «C»; ahora es Rea, titánida y madre de Zeus: corresponde pues la «R»; sigue Orco, dios romano de la muerte: nuestra letra ahora es la «O»; Poseidón, dios de los mares: apunto la «P»; otra vez el busto de Orco y ano tamos otra «O»; Leto, que nos da la letra «L»; la penúltima es la diosa Iris, de la que tomamos la «I»: cerrando esta tercera línea la figura de Sileno, padre adoptivo de Dionisios, que nos facilita la «S» para nuestro crucigrama. En fin… —se mordisqueó el labio inferior—. Sigamos con el jeroglífico de marras. Colocando en orden, una tras otra y siempre de izquierda a derecha las nueve letras iniciales… A-C-R-O P O-L-I-S. ¡Diáfano! ¡ACROPOLIS! Como los rayos del sol, muñeca. ACROPOLIS, sí. El tesoro o la fortuna que Günter Overath descubrió accidentalmente al ser lanzado en paracaídas sobre Grecia, se encuentra en… *¡la Acrópolis de Tesalónica!*

—¿Así de sencillo, Neil?

—Más o menos.

—¿Y cuál es la naturaleza de ese tesoro?

—En la correcta interpretación del significado de Cronos puesto entre las dos hileras de dioses mitológicos está la contestación. Tengo un buen amigo en la Central que mañana nos sacará de dudas.

—¿Y qué haremos una vez obtenida la respuesta?

—Aplazaremos la decisión hasta entonces, ¿te parece?

—Sí… Pero ya sabes que no es el valor específico de ese posible tesoro lo que persigo. No me interesa, para ser más exactos. Pienso que lo revelaré a la humanidad como pretendía mi padre, si tú no dices lo

contrario, claro.

—Yo no tengo ni voz ni voto. El mensaje que revele el jeroglífico es para ti y no para mí. Y tú quién ha de decidir lo que quieres hacer con él.

Terry, ahora, oscureció su semblante. La luz que de hábito brillaba en él dejó paso a sombras, a una triste penumbra.

—Pretender universalizar lo hallado en ese mensaje le costó la vida a Maximilian Sturges. Lo que yo quiero, Neil, es a su asesino. Y lo quiero… —un chispazo resuelto estalló en las pupilas de ella; un convencimiento del que Forrester supo de inmediato sería imposible hacerla abdicar—. Lo quiero para mí, para hacer *mi* justicia.

—¿Y si de momento aceptases mi invitación para acudir, ambos inclusive, a un restaurante chino de toda confianza?

Terry acabó riendo frente a la forma original con que Forrester planteaba la pregunta.

—Tienes la solera del vino añejo, su paladar sobrio… y la espuma voluptuosa del champán reciente. Extraña mezcla la tuya, Neil Forrester. Pero apasionante. Apasionante, si.

—¿Dónde aprendiste a decirles cosas tan bonitas a los hombres?

—En este despacho, señor Forrester.

—Enhorabuena, entonces, señorita Sturges —y tras estas palabras se puso en pie tomando las hojas de la carta y el jeroglífico. Diciendo—: Por elemental sentido de la precaución y con tu permiso, voy a poner esto a buen recaudo. Mañana por la mañana le enviaré una telefoto a mi ex colega, pero siempre amigo, Ben Amstrong, amén de comentarle el crucigrama vía teléfono. Ben dará rápidamente con el porqué de Cronos, ya lo verás.

Minutos después abandonaban el señorial despacho de aquel peculiar investigador privado.

Capítulo II

YUANG-TSÉ les había acompañado solícito y pícaro hasta una de las mesas-velador más discretas y en penumbra del Scarlett Dragón Restaurant. Luego, con aquella sonrisa tan peculiar de los orientales y en el colmo ya de la complicidad, había retirado la lamparita de sobremesa sustituyéndola por dos sugerentes y sugestivas velas rojas, de navideño sabor, al tiempo que les decía:

—Cuando ustedes «cleel» conveniente… «encendel», ¿eh? —y les obsequió de nuevo con su sonrisa de conejito bueno.

—Gracias, Yuang-Tsé —rió a su vez Forrester. Ironizan do—: Eres el mejor chino de los dos que he conocido en mi vida.

El otro se inclinó, versallesco, a la vez que picaba el ojo izquierdo.

—«Místel Folestel» siempre tan amable —alejándose al punto para pasar a la cocina la comanda del menú que «Folestel» y su bella acompañante habían encargado previamente.

—El chino te conoce bien, ¿eh? Le traes a cenar a todas las que luego te pasas por la piedra… y él ya sabe de qué va la película. Hasta descuento te debe hacer, ¿no?

—¿Qué te parece, linda, si te esforzaras por ser una señorita educada y coherente? Una señorita menos liberada, con limitaciones…

Terry compuso una expresión de genuino asombro. Que luego pasó a ser como de pánico, de terror.

—¿De veras te gustaría que fuese así?

Neil permaneció dubitativo a lo largo de unos instantes.

—No… —dijo después. Insistiendo—: Ahora que lo pienso bien, no. Decididamente: NO.

—Sabía que me aceptarías tal como soy. Sí. Lo sabía.

—¿Puedes decirme qué papel le asignas en todo esto a Peter?

—No te comprendo.

—De alguna forma es algo tuyo, ¿no?

—Era…

—Pero sigue siendo una realidad. Está ahí. Preguntará. Querrá saber el porqué y el cómo.

—Sencillo —sonrió la hermosa Terry—. Le diré que estoy enamorada de otro hombre. De Neil Forrester.

—Entiendo, pues, que nunca le has querido como se debe querer a quien un día será parte integrante de nuestro presente y con el que planificaremos nuestro futuro.

—Nunca —aseveró Terry, mirando a Neil con apasionamiento.

—¿Entonces…?

—Yo también le hacía ciertas concesiones a mi padre. ¿Entiendes ahora?

—El insinuó que Peter y tú… ya. Sin embargo, a ti no te ha caído bien Peter Lewis en ningún momento.

—Tanto como eso. Bueno… —tapó con el superior el labio inferior —, no sabría cómo explicarlo. Peter es un tipo guapo, atractivo incluso. El problema está en su carácter… o mejor dicho en su falta de carácter. Yo, Neil, tengo muy claro lo que es admiración y lo que es vasallaje, pleitesía. Peter fue desde el principio incapaz de contradecir al viejo. A mí me habría gustado que de vez en cuando, aun errando, hubiera dicho: «NO»; «esto no es así, profesor Sturges». O, «creo que está usted equivocado». ¡Ni hablar! Amén a todo. Y eso, a mí, me reventaba. Porque visto desde el prisma de mujer, de futura esposa, eso era alarmante. ¿Me tocaría a mí llevar los pantalones? Las mujeres necesitamos ser dominadas al menos aparentemente. Es un *rol* muy nuestro que todas deseamos jugar. Necesitamos un tipo como tú, que finja «pasar» de nosotras, que nos haga claudicar, obedecer a rajatabla si es preciso.

—Tú no encabezarás nunca, con esas teorías, un movimiento feminista.

—Yo, Neil, reivindico mi felicidad tal como la entiendo.

—Y… ¿das por hecho lo nuestro?

—Sí, en principio. Tú también necesitas una mujer de mi estilo. Obediente y díscola a la vez. Capaz de darte lo mejor haciéndote sufrir lo indecible para obtenerlo. Sugestivo, ¿verdad?

—Me das miedo en realidad, Terry. No veo claro tu juego. Eres ilógica, extrovertida, vehemente… y quizá una excelente actriz. Una mujer que va a lo suyo y que sabe cómo hacerlo.

Una pincelada de amarga tristeza sombreó el rostro femenino.

—¿No me crees, Neil?

—¿He sido tan contundente acaso?

—A buena entendedora…

Les interrumpió el propietario del local trayendo los primeros platos.

—Yuang-Tsé se «honla» «ofleciéndoles» lo «mejol» de su casa.

—Eres un artista, amarillo.

Instantes después, la pareja daba muestras de un excelente apetito.

—La comida china me encanta —dijo Terry. Y dijo más—: Tiene un sabor extraordinario. Pero me inquieto al preguntarme de qué está

hecha.

—La curiosidad siempre es mala consejera. Ocurre con ella como con la envidia —aseguró Forrester. Ampliando—: Pero ya que de curiosidad hablamos… ¿Has dicho que tu padre accedió a recibir en privado al periodista que admiraba tanto antes de la rueda de prensa?

—Sí… ¿Por?

—¿Estás segura de que no tuvo una nueva concesión con él?

—Permaneció hermético, seguro.

—¿De dónde sacas tanta certeza?

—Peter estuvo presente en la entrevista. Papá no soltó prenda. ¿A qué viene esta pregunta, Neil?

—Bueno, se me había ocurrido que quizá tu padre pudo ser débil ante las triquiñuelas profesionales de Miles, o ceder ante la simpatía que le inspiraba, revelando el secreto de Tesalónica o parte de él. Después el reportero, cegado por la ambición y para evitar que el descubrimiento de Overath fuese del dominio público, se deshizo de Sturges. Introdujo aire en las venas del profesor…

—¡Absurdo! ¿Iba a permitir mi padre que lo pincharan con una hipodérmica vacía?

—Si estaba convenientemente maniatado, ¿cómo iba a impedirlo?

—Eso carece de fundamento, Neil. Reconócelo. Aun en el supuesto de que mi padre hubiera sido débil con Miles, que no lo fue, el periodista se habría limitado a apuntarse el tanto del siglo «pisándoles» la noticia a todos sus colegas. Pero de eso a asesinar a Maximilian Sturges, ¡por favor! Es cosa de locos. Roger Miles es una persona sensata, un profesional íntegro que no iba a jugarse las habichuelas así por las buenas.

—Así por las buenas, no. Así por un tesoro de valor incalculable, sí.

—Sigue estando vacío, falto de lógica.

—Hay gente ilógica que hace cosas ilógicas, como matar por ejemplo, por motivos tan *ilógicos* como la ambición, el poder, el deseo de posesión sobre otro ser, el odio, la frustración y un largo etcétera.

Terry, retirando el tenedor de entre sus relucientes y nacarinos incisivos, admitió:

—De acuerdo, de acuerdo… existen un millón de motivos para justificar posturas execrables. Pero éste no es el caso. Miles salió del despacho de mi padre sabiendo lo mismo que al entrar.

—¿Qué me dices de Peter Lewis? —volvió a la carga Forrester tras un breve lapso de silencio.

Terry hizo un mohín de fastidio.

—¡Por favor, Neil! ¿Otra vez con *eso*?

—Pregunto ahora desde la vertiente profesional, rica. ¿Cómo y cuándo apareció él en la vida de Maximilian Sturges?

—Hace unos cinco años. En Roma… Mi padre andaba husmeando en unas excavaciones efectuadas en los aledaños de la capital. Peter estaba haciendo lo propio en plan de aprendizaje. A papá le cayó de perlas y le propuso que trabajara con él para irse fogueando en el área arqueológica. El que después habría de ser mi pseudonovio vio el cielo abierto. Trabajar con el profesor Sturges era el colmo de la fortuna para cualquier principiante. Oye, ¿sospechas también de Peter?

—De nadie en concreto y todo el mundo en general. Sospecho de todos. Hasta de tu madre del alma que se empeñó en convencer a un médico de reputación dudosa quien no vaciló a la hora de falsificar el diagnóstico de una defunción, aceptándola como natural sabiendo que se trataba de un asesinato. Aire en las venas, paro cardíaco. Por muy enamorado que esté de la viuda su *modus operandi* le entra por méritos propios en el área de los sospechosos.

—¡Eres un monstruo, Neil Forrester!

—Si no lo fuera, ¿piensas que me habrían admitido en la Central? Terry, preciosa, hay una serie de posturas en gente que rodea la muerte de tu padre que no están nada, nada claras. Al contrario, muy oscuras.

—¿No hablarás en serio sobre mi madre?

—¿Conoces otra persona en la que tu padre hubiera podido confiar más abierta y tranquilamente?

La de los radiantes ojos azulados largó una amarga carcajada.

—Hace diez años —dijo al pronto— que se habían olvidado de la vida matrimonial. Del amor, del sexo, y de todas esas zarandajas. Se toleraban, porque como te he dicho antes, ambos odiaban el escándalo. Un proceso de divorcio habría dañado y deteriorado la imagen pública del profesor Sturges. Y mi madre es de las que prefieren sufrir en silencioso cautiverio que gozar en la barahúnda de la libertad. No, Neil, no… A ella habría sido a la última persona de este mundo que el viejo le hubiera revelado lo de Tesalónica.

—Si tú lo dices… Me sigue pareciendo absurdo, de todas formas, que la pasión del galeno por Norma le haya llevado al extremo de jugarse la carrera y unos años de «talego».

—¿Quién iba a saber la verdad de lo sucedido?

—Yo por ejemplo.

—¡Neil! No irás a jugarme esa putada, ¿eh?

—Has dicho que querías al asesino de tu padre, ¿verdad? Y has recalcado que lo querías para *ti*, para hacer *tu* justicia, ¿es eso?

—Es. Pero lo he dicho sin pensar en esas absurdas posibilidades. Descartando a Peter, a Miles, y por supuesto al doctor Bergman.

Neil fingió concentrarse en el plato del que, pese al diálogo, había dado buena cuenta. Instantes después comentó como quien no quiere:

—Para ser hembra veo que te falla esa tan traída y llevada intuición

femenina. Escucha… La señora Sturges y su marido se llevan fatal, hasta el extremo de no compartir lecho, cosa que es del dominio del médico de la familia. Ella y puede que hasta él, un día u otro le han hecho comentarios al galeno sobre este particular. Bergman sufre al saber la infelicidad de la mujer que adora. ¿Es tan absurdo aceptar que en algún momento haya pensado en una *solución*? Y un buen día, Bergman entiende que ha llegado la oportunidad, ya que la confesión que se espera haga pública el arqueólogo en rueda de prensa, aportará buen número de sospechosos con motivaciones para eliminar al profesor. ¿Y quién mejor que su facultativo de cabecera para pinchar la vena de Sturges sin que éste exprese el menor recelo?

—Entonces, Sherlock Holmes —objetó Terry—, lo racional habría sido silenciar ese «pico» de aire en la vena de mi viejo.

—Te equivocas en eso, prenda. Era, *puede haber sido*, una forma de confesar lo inconfesable. De decirle a tu madre que *ha matado* por su amor…

—¿Con quién nos quedamos como criminal, señor Forrester?

Neil se encogió de hombros. Dijo:

—Mañana, prenda, me ocuparé de que mi amigo Ben Amstrong me haga cómplice de sus habilidades interpretativas sobre enigmas cifrados, desvelando mis dudas acerca de lo que se esconde en la Acrópolis de Tesalónica. Después, me las ingeniaré para que todas esas personas de quienes sospecho, sepan, se enteren de que voy a Grecia por ese tesoro. El que sea, se movilizará. Entonces obtendré la respuesta.

—No si es Clark Bergman. El «pasa» del posible tesoro porque sólo pretende el amor de Norma Sturges, Broocker de soltera. Y ahora, de algún modo, vuelve a ser soltera.

—El médico es lo suficiente listo para comprender que de la misma manera que en un tiempo récord he sido capaz de *leer* buena parte del jeroglífico, me pueden haber sobrado minutos para dar con el autor del crimen. Para conocer la identidad del asesino de Maximilian Sturges.

—¡Oh… —exclamó ella con un mohín en su deliciosa *boccucia di rosa* (que diría un italiano vehemente y apasionado) que abarcaba desde la contrariedad al disgusto pasando por el fastidio—, eres rebuscado y morboso! Te complaces hurgando como los buitres…

—Eres tú y no yo quien acaba de nombrar la carroña, prenda.

—¿Podemos olvidarnos de esto durante unas horas?

—Podemos, bonita. Podemos… Y será un placer. Porque en el transcurso de esas horas me voy a dedicar intensamente a ti. ¿No te sientes halagada?

—Idolatrada… Imagino que soy María Félix y tú Agustín Lara. ¿Sabes cantar, Neil? «Acuérdate de Acapulco, de aquellas noches, Terry bonita, Terry del alma…»

—En el fondo eres una sentimental, pequeña —comentó Forrester, irónico. Preguntando—: ¿Supongo que prefieres mi pisito de soltero, cierto?

—Cierto. Y renuncio a los postres.

—¿Por miedo a lo empleado por los cocineros chinos en su elaboración?

—Por deseos brutales de sentirme amada y desnuda entre tus brazos. Así de sencillo.

—Sigo sin entenderte, muñeca. Pero en lo de ir a cobijarnos, despelotados, bajo las sábanas del pecado, estamos totalmente de acuerdo.

—¿Qué esperas pues?

—Que venga Yuang-Tsé a cobrar.

Le hizo una seña al propietario del local y éste se acercó con la cuenta.

A chino entendedor, con un solo gesto basta.

CAPÍTULO III
1237 de Arthur Kill Road.
Staten Island.

EN aquella dirección se ubicaba el pisito de soltero de Neil Forrester.

Al franquear la puerta, pulsó él un botón que sobresalía de una placa adosada a la pared y la luz se hizo llenando de claridad el vestíbulo.

—Muy señorial —comentó Terry.

—¿Me estás tildando de imperialista?

—¡Por favor, guapo mío! ¿Cómo llamarle *eso* a un caballero que trabajó en la CIA?

—Sabes ser mordaz cuando quieres, ¿eh?

—Cuando quiero…

Neil la retuvo por la cimbreña cintura atrayéndola contra él, apretujándola contra su tórax, bajando la testa en busca de aquella dulce y sangrante *boccucia di rosa…* boca que ya le salía al encuentro con los labios entreabiertos, avariciosos de estímulos sensuales, deseando ofrecer sin reservas toda la miel que albergaban.

Fue un beso total.

Y en el período de su duración, Neil, ebrio de la fragancia que estaba contagiándole el cálido y vibrátil cuerpo femenino, notó la palpitante lubricidad de aquellos pechos guerreros que impactaban con excitantes aldabonazos en la virilidad de su torso atlético.

Y el hombre buscó más caricias. Provocó con intensidad roces erotizantes que les disparaban a ambos hacia nuevas cotas del placer.

—Ten paciencia, amor… —jadeó ella.

—Me pones ciego, Terry. Me has comido la moral desde el primer instante que…

—No pensaba que podría desbordarte con tanta facilidad, campeón.

—Eres una mujer que entras por los ojos y por los sentidos. Eres…

—¡Eso sí que es la primera vez que me lo dice un hombre!

—¿Qué otras cosas te han dicho, preciosa? —preguntó él con ronco y cálido acento, mirándola de lleno al fondo de sus personales y azuladas pupilas.

—Me han hecho muchas proposiciones… digamos deshonestas.

—¿Cuántas has aceptado?

—No te diré que voy de virgen por la vida, pero tampoco me he metido en la cama con el primero que me lo ha pedido. Oye, Neil… Por qué no dejamos este tema y subimos a tu nidito de amor, ¿eh?

Estaban en la placeta que se abría al final del corredor, en el término del vestíbulo, donde se hallaban las puertas de dos elevadores y un montacargas.

—Subamos —dijo él, abriendo uno de los ascensores. Y pulsando el resorte del piso noveno, agregó—: ¿Me creerás si te digo que todo lo que está sucediendo me parece de película? Tengo la sensación de haberlo leído en una novela.

—Salta a la vista que yo soy una realidad, ¿no? Has puesto los dedos en la llaga, Neil. Sabes que existo. Que existes tú… Aunque debo confesarte que me gusta que hables así porque ahora empiezas a parecerme mucho más humano que cuando te desenvolvías con la grandilocuencia y aplomo que lo has hecho en tu despacho.

—Pero me he rendido pronto a tus encantos, ¿eh? Y no podrás negar que eso te satisface, ¿cierto?

—A nadie le amarga un dulce, cariño. Y si ese dulce se llama Neil Forrester y tiene la estampa que tiene Neil Forrester —repuso ella con una sonrisa picarona en sus carnosos labios sensuales—, ¡para qué te voy a contar!

—Cuando terminemos con todo esto, Terry… Quiero decir que una vez despejada la incógnita que aún queda pendiente del jeroglífico, lo cual espero me ayudará a capturar al asesino de tu padre; después de ello, Terry, tenemos que plantearnos lo nuestro con seriedad.

—¿Y no crees que saldrá mucho mejor si seguimos tal cual? Sin ser tan serios, ¿comprendes?

Justo al ir a contestar Neil el ascensor se detuvo brusca, inesperadamente, apagándose la luz a renglón seguido.

—¡Oh, Dios mío! —ella corrió a estrujarse contra el hombre—. ¿Qué sucede, Neil?

—Pienso que será un corte momentáneo de fluido eléctrico. Tranquila, muñeca, tranquila. No pasa nada.

Pero pasó.

Pasó algo más sorprendente todavía que el hecho precedente de que el elevador se hubiese detenido de forma tan brutal.

Inició un descenso.

Un vertiginoso descenso.

Un centelleante y peligrosísimo descenso.

—¡Neil, Neil…! —gritó, temblando de pánico la bella Terry—. ¿Qué ocurre? ¡Nos vamos a matar!

Forrester estaba apretando con todas sus fuerzas, con rabia, con

desesperación, el pulsador rojo del tablero de mandos encima del cual se leía la palabra: STOP.

Nada.

—¡Neil, NEIL, POR DIOS! —Terry había rebasado las fronteras de la excitación, dejando el pánico atrás para internarse, desesperada, por las regiones del terror—. ¡Tienes que hacer algo! ¡NOS VAMOS A ESTRELLAR!

¿Hacer algo? *¿Qué?*

—No pierdas la serenidad, pequeña. Si funcionan los frenos de emergencia cuando rebasamos la planta baja se pondrá en marcha un sistema de retención que amortiguará nuestro descenso.

—¡Esto no se detiene, Neil! ¡NO SE DETIENE!

En efecto: *no se detenía.*

El «cajón» rectangular seguía bajando como una exhalación. Más velozmente, incluso, conforme transcurrían los segundos.

Sin embargo y tal como dijera Forrester instantes ha, la brutal caída quedó controlada, al menos con relación a la alucinante velocidad de los últimos momentos, conforme el «cajón» dejó arriba el rellano del vestíbulo.

Fue una retención tan brusca, casi, como lo fuera hasta entonces la caída.

Y Neil amplió para sus adentros las sospechas iniciales, formuladas para sí, de que todo aquel aparato alarmante no tenía nada de casual, de fortuito.

—¡Eh, Neil, amor! Estamos parando. Paramos…

Efectivamente.

El ascensor había quedado detenido de manera definitiva en el subsótano del edificio. En la zona que empleaban los mecánicos de la empresa de conservación y mantenimiento que, mensualmente, se ocupaban de repasar y comprobar la correcta puesta a punto del elevador.

La puerta se abrió desde afuera.

—¡Hola, pareja!

Se trataba de un tipo alto, enorme para ser más exactos, con trazas de simio y naturaleza casi burlesca, que se cubría su desproporcionada cabeza con una oscura media de nilón al tiempo que empuñaba con la diestra un sombrío y pavonado pistolón.

Terry lanzó un gritito agudo.

—Fin del viaje, pareja —ladró el orangután, moviendo el cañón del arma—. ¡Fuera de ahí!

—Neil… —zozobraba toda ella.

—Haz lo que dice, pequeña.

—Me gusta comprobar que eres un tipo juicioso, Forrester.

—Y tú eres un hijoputa que algún día me pagarás el susto que acabas de darme.

El tipo, encrespado, hizo ademán de golpear con el punto de mira de la pistola el rostro de Neil, para causarle una herida que podía ser tan cortante como la producida por un cuchillo.

El gorila se olvidaba, o no sabía, que Neil Forrester estuvo no ha mucho en la CIA.

El que no se había olvidado era Neil. Ni tampoco de lo que le habían enseñado que debía hacerse en casos como aquél.

Le pegó un empujón a Terry para apartarla de la línea de tiro de aquella mala bestia al tiempo que él, con una agilidad sin límites, inverosímil, iba como una bala adelante en horizontal por los aires, trazando lo que en el argot futbolístico se llamaba «tijeras», cruzando ambas piernas y conectando la izquierda en la barbilla del tipo y la diestra en mitad de la boca del estómago.

Sorprendió al otro la veloz iniciativa de Forrester y los dos impactos minaron su resistencia haciéndole trastabillar. Neil, sabedor de que si le daba tregua podía ser su fin y el de Terry, no bien puso la planta de los pies en el suelo cobró nuevo impulso como si bajo aquéllas tuviese muelles, enviándolas por delante hasta hacerlas estallar en el bestial torso del gorila que seguía trompicando a causa de la primera embestida.

Pudo catapultarlo contra unos bidones de aceite, vacíos, donde la espalda de aquella mole estalló lo mismo que un «gong» oriental, yendo luego adelante, confuso y estrábico, justo al lugar donde lo esperaba Neil, perniabierto, firme en tierra ahora, para clavarle la punta de los dedos diestros en mitad del plexo solar y el canto de la zurda en la jeta, bajo la nariz y sobre el maxilar inferior, lo que llevó al gorila de nuevo encima de los bidones para perder definitivamente el equilibrio y medir el piso, de bruces, con su anormal anatomía.

—¡Neil…! —gritó, asustada, la chica.

—¡Bonita exhibición, Forrester! —exclamó a renglón seguido una nueva voz.

Giró él como una exhalación descubriendo que el registro pertenecía al tipo, con media de nilón también cubriéndole el rostro, que mantenía a Terry Sturges fuertemente apretada por la cintura y que apoyaba en la sien derecha de la muchacha el cañón de un Magnum provisto de silenciador, con igual rabia que si pretendiera taladrársela.

—Cuidado, individuo. Cuidado con ese revólver… Si se te va el gatillo le volarás la cabeza a esta criatura. Y he aprendido a quererla demasiado en pocas horas como para permitir que tú… Si le produces tan siquiera un rasguño, ¡juro que te cortaré a pedacitos tan pequeños

que recomponerte va a llevarle años al más hábil de los forenses!

—No pretendo hacerle daño a la señorita Sturges… a menos que me obligues —dijo el segundo enmascarado, de apariencia más humana que su compañero el gorila, que seguía aún tirado en tierra.

—¿Entonces?

—En primer lugar, Neil Forrester, separa las manos del cuerpo y mantenías donde yo pueda verlas. Si pestañeas tan siquiera cuando yo pienso que no debes hacerlo, le levanto a la chica la tapadera de los sesos. Luego, lo de cumplir tu promesa, puede resultar problemático… porque te mataré también a ti.

Obedeció el atleta de ojos grises, preguntando a continuación:

—¿Y ahora?

—Soy un tipo práctico, Neil. No me gusta perder el tiempo. Así que… interpreta correctamente el jeroglífico que Overath le remitió en su día a Maximilian Sturges, ve al lugar exacto donde se halle el tesoro y cuando estés allí, antes de apoderarte de él, pones un anuncio en la sección de clasificados por palabras del *New York Times* que diga lo siguiente: «*Forrester a Terry. Te espero en…*» Los puntos suspensivos deberás rellenarlos con el nombre del lugar donde te halles. Entonces, nos pondremos en contacto contigo. Si las cosas no se hacen exacta y estrictamente cómo te acabo de decir, puedo garantizarte que no volverás a ver a Terry Sturges con vida. ¿Entendido, Neil Forrester?

Se mordía el labio inferior.

—Sí… Pero necesito tiempo para eso.

—Dispones de una semana a partir de este momento.

—¡Y si no…! —inició una protesta el ex agente de la CIA.

—¡He dicho una semana, Forrester! —le cortó el otro con tono imperativo. Y apretando aún más el cañón del revólver contra la sien de Terry, amenazó gráficamente—: De tu habilidad y rapidez va a depender la vida de esta criatura a la que tanto has aprendido a querer en pocas horas. ¿De acuerdo?

—Tú ganas, tipo.

—¡Quieto, Robin! —gritó en aquel momento quien tomaba a la muchacha como rehén.

El gorila se había levantado por fin del suelo, aullando:

—¡Déjame que lo triture, Chuck! ¡Le voy a sacar las tripas para mearme en ellas luego!

—¡He dicho que te estés quieto! —insistió el que al parecer se llamaba Chuck. Puntualizando con énfasis ominoso—: Si haces ademán de tocarlo te vuelo la cabeza. ¿Es que no recuerdas lo que nos han advertido? Si hay que matar a alguien… *mataremos a Terry Sturges.*

—Tranquilo, tipo, tranquilo —dijo Neil, procurando contagiar a los otros su fría serenidad. Añadiendo con una híbrida sonrisa—: Si nos

comportamos todos como personas civilizadas, incluido Robin, no habrá que matar a nadie. Tranquilos los tres, ¿de acuerdo?

—Métete en el ascensor, Forrester —le ordenó Chuck.

—O.K. —cabeceó el aludido, caminando atrás sin perderle la cara al embozado que encañonaba a Terry a la vez que por el rabillo del ojo no dejaba de captar al gorila por si le daba algún nuevo acceso de violencia.

Dijo aquél precisamente:

—Algún día te arrancaré el corazón para comérmelo, Forrester.

—No te digo lo que en verdad me puedes hacer tú, porque hay damas.

—¡Basta, Forrester! —gritó, nervioso, el tal Chuck—. Entra en el ascensor y vuélvete de espaldas. ¡Ya!

—Neil… ¡Neil, amor mío!

Forrester, que ya se había puesto de cara a la pared frontera del ascensor, musitó:

—Ten calma, pequeña. Te lo suplico. Y estáte tranquila porque aunque sea lo último que haga en mi vida, conseguiré cuanto antes tu libertad.

El elevador, entonces, se puso en funcionamiento de nuevo.

—¡NEIL…!

Forrester, sintiendo que un espeso nudo taponaba su garganta y que algo húmedo asomaba por debajo de sus párpados, susurró con voz ahogada:

—Terry… Terry… nunca he amado a nadie como te amo a ti. Posiblemente porque jamás me había enamorado en serio de ninguna mujer. Prefiero morir que perderte. Esa gente, esos canallas y quien les ha pagado por esto, que es el mismo que asesinó a tu padre… ¡juro que se acordarán de mí!

El «cajón» rectangular quedó, de pronto, detenido entre dos pisos.

Neil Forrester aplastó la palma de su diestra contra el botón de la alarma.

Sabedor de que entre pitos y flautas, iban a pasar un par de horas largas antes no lo sacaran de allí.

Capítulo IV

—TE noto muy nervioso, Neil…

Forrester apretaba fuertemente el auricular del teléfono contra su oído, lo mismo que si de aquel pedazo negro del instrumento intercomunicador dependieran muchas cosas, importantes cosas.

—¡Joder, tú! ¿Cómo quieres que esté? La vida de una cliente depende exclusivamente de lo que yo haga o deje de hacer.

Una risita breve, seca, espasmódica casi, fue transportada desde el cuartel general de la CIA hasta la oreja del ex agente de aquella misma organización.

Luego le llegó la voz de Ben Amstrong, arriesgando:

—O yo no te conozco todo lo bien que me creía, o tu cliente es para ti algo más que una simple cliente. ¿Eh?

—No te he llamado para discutir eso. Ben.

—¡Vale, vale, filósofo! Tu vida privada te pertenece como a cualquier hijo de vecino. He recibido la telefoto si es a lo que se refiere tu comunicación.

—¿Y…?

—Has interpretado correctamente la primera y tercera línea, Neil —repuso al otro extremo Amstrong. Agregando—: Las figuras mitológicas reproducidas dicen en efecto, *Tesalónica* arriba y *Acrópolis* abajo. Lo que sea que es, se encuentra oculto en la Acrópolis[6] de esa ciudad griega.

—¿Qué me dices de esa línea central en la que se halla únicamente el busto de Cronos?

—No estás muy fuerte en mitología, ¿verdad, Neil?

—Olvídate ahora de las ironías, por favor.

—Estás muy enamorado de Terry Sturges, ¿verdad, Neil Forrester?

Apretó nerviosamente el auricular al tiempo que masticaba:

—Estoy muy enamorado de ella, Ben Amstrong.

—Entonces, como se trata de salvar a la mujer que amas, tienes luz verde y prioridad en ambos lados. Pienso, Neil, que el alemán que según tú inventó ese jeroglífico sí que estaba empollado en mitología. Cronos, por sí solo, apenas representaba nada. Según antiguos filósofos de la Grecia milenaria la única grandeza de Cronos era la que le atribuía el ser padre de Zeus, divinidad suprema del Olimpo. Y nada más. Se dice al respecto que Sócrates[7] estaba muy disgustado por la irreverencia que

significaba el hacer a Zeus hijo de Cronos, cuya estupidez era proverbial; examinando, sin embargo, el nombre de Cronos, Sócrates sacó la consecuencia de que significaba *Koros*, no en el sentido de joven, sino en el de un espíritu puro y adornado de las mejores cualidades. Y de esta manera… ¿Estás ahí, Neil?

—¡Que eres pesado hasta la saciedad! ¿Dónde coño quieres que esté? Escuchando tú insípida y metafísica disertación.

—Pues ésa, según tu insípida disertación, es la única que con unos mínimos de lógica puede conducirnos al por qué ese tal Overath representó dentro del jeroglífico, solo, en la línea de en medio, a Cronos.

—Sigue. Por favor. Sigue…

—¿Decía? —era evidente que Ben Amstrong se complacía torturando telefónicamente a su ex compañero al facilitar la información con suspense, ironía y a ralentí—. ¡Ah, ya! Ya me acuerdo. Sí… Aceptó Sócrates que partiendo de esa condición de pureza, cuando se decía que Zeus era hijo de Cronos, no debía tomarse la expresión como irreverente, irrespetuosa, sino en el sentido de ser la máxima deidad del Olimpo griego descendiente del espíritu puro o de la pura razón.

Calló el que hablaba desde el centro neurálgico de la CIA y Neil, ante el súbito silencio, dijo:

—Si esperas que te diga que lo he comprendido, te equivocas. Sigo tan a oscuras como antes.

—Ve a la Acrópolis de Tesalónica y te enteras de la película.

—Quiero saber a qué voy y por qué, orejas.

—¿Has escuchado que en varios párrafos de las teorías expuestas por Sócrates respecto a la justificación de la paternidad de Cronos sobre Zeus aparece la palabra… *puro, pureza*?

—Sí. ¿Y…?

—Pues que delante de esa palabra, ex, sólo se me ocurre, por lógica, poner otra: *ORO.*

—¡ORO PURO! —estalló Neil Forrester, aferrándose, engarrando sus dedos en torno al auricular con mayor virulencia que hasta entonces. Y pasados unos segundos de la excitación, quiso saber—: ¿Qué es de oro puro, Ben Amstrong?

—¿No conoces ningún detalle acerca del libro negro que un escriba redactó en la antigüedad sobre la esposa del fundador de Tesalónica?

—No…

—¿Tampoco sabes por qué Tesalónica se llamó Tesalónica?

—¡Vive Dios que eres desesperante, Ben! Sí… Porque el rey de Macedonia, fundador de esa ciudad en el año ciento y pico antes de Cristo, le puso ese nombre en honor de su esposa que se llamaba así. ¿Vale?

—Esposa que no correspondió a los desvelos de su marido —siguió

Amstrong desde el corazón de la Central Intelligence Agency, haciendo oídos de mercader a las nerviosas explosiones de su ex porque, según el escriba antes aludido, ella, sexual y erótica, tenía devaneos íntimos con los más guapos y apuestos oficiales de la guardia personal de Casandro. Tesalónica, hembra al parecer de excitante y lúbrica belleza, regalaba a cada uno de sus amantes para agradecerles, se supone, los servicios prestados, una pequeña escultura en oro puro de los dioses del Olimpo griego. Pero luego, conocedora ella de la vanidad masculina y para evitar posibles riesgos sobre determinados comentarios entre los miembros de la guardia, hacía asesinar a quienes habían compartido su lecho de pasión y placer, ordenando que fueran enterrados con la escultura de oro que anteriormente les había donado. Al tanto del secreto una de las doncellas de mayor confianza de Tesalónica, concibió junto con su amante, corajudo soldado al servicio de Casandro, la feliz idea de ir abriendo los sepulcros y adueñándose de las figuras de oro que reproducían deidades mitológicas, las cuales y hasta que decidían cómo devolver a su inicial condición de barras tras ser fundidas, fueron ocultando en las murallas de la Acrópolis que entonces se estaba construyendo. ¿Lo has entendido ahora, Neil Forrester?

—Pienso que sí. El tesoro que descubrió Günter Overath al ser lanzado durante la Segunda Guerra Mundial sobre Tesalónica, consiste en estatuillas de dioses mitológicos modeladas en oro puro.

—Eso, amigo y ex colega, es lo que se deduce de la correcta interpretación del jeroglífico que ese caballero alemán le remitió al profesor Maximilian Sturges. Y ahora. Neil, hablando en serio, ¿qué piensas hacer?

—Salvar, ante todo, la vida de Terry Sturges.

Silencio fugaz primero. Luego, despacio, la voz de Ben Amstrong desgranando con cierta parsimonia, con una estudiada lentitud cuya finalidad parecía ser la de que las palabras se filtraran en el subconsciente de su interlocutor, de aquel que estaba a cientos de kilómetros pero acercado por la conexión telefónica.

Estas fueron las palabras que el otro pretendía permeabilizaran la sensibilidad de Forrester:

—Me parece bien. Neil. Aunque no la amases tu obligación perentoria sería salvar esa vida. Pero, pienso yo que hay otra obligación que no puedes ni debes eludir.

—¿A qué te estás refiriendo?

—Neil, mira… Somos amigos hace años.

—No lo he olvidado —Forrester estaba cortante, seco. Preguntó—: ¿Adónde pretendes ir a parar?

—Dejando sentado primero que no pretendo enmendarte la página ni decirte lo que debes o no debes hacer, sí quisiera recordarte que tú no

puedes permitir que esa gente, o ese loco ambicioso si se trata de uno solo, se adueñe de algo que es más que un simple tesoro; de algo que es patrimonio de toda una nación. Que forma parte de su historia y de su cultura.

Forrester dulcificó su tono de voz cuando quizá el otro presentía una intemperancia o un exabrupto.

—Esperaba que lo dijeras, que me lo *recordases*, Ben. Gracias, porque queriendo o sin querer puede que hubiese llegado a olvidarlo.

—¿Y qué has pensado al respecto, Neil? Quiero decir si tienes algún plan de acción…

—Creo que lo tengo. Y necesito que tú colabores.

—¡Hecho! ¿De qué se trata?

—¿Estás a punto de tomar nota, Ben?

—Sí… Adelante.

—Roger Miles, Peter Lewis, Clark Bergman y Norma Sturges… Norma Broocker si emplea su nombre de soltera. ¿Qué agentes tiene la CIA en Tesalónica y Atenas?

—Espera un momento… —se oyó en Nueva York un crujido que era el que producía Amstrong al servirse de otra extensión telefónica para recabar los datos solicitados por Forrester. Respondiendo al cabo de un par de minutos—: Vassileos Niarchos en la capital y Anatolkis Olgas en Tesalónica. ¿Qué más?

—Envíales fotocopias de esos cuatro pasaportes con instrucciones concretas de que se cuelguen de la espalda de cualquiera de ellos si aparecen por Grecia, lo cual me deberán comunicar a mí, que me hospedaré bajo el seudónimo de Sterling Lancaster en el Makedonia Palace, que se alza en el 106, si la memoria no me falla, de Leoforos Megalou Alexandrou. ¡Ah!

—¿Sí…? —Amstrong se mostraba ahora solícito y diligente.

—Yo también quiero recibir en esa dirección fotocopia de los cuatro pasaportes aludidos.

—O.K. Caso de que alguno de esos personajes careciera de pasaporte, haré llegar lo mismo a ti que a nuestros agentes griegos, duplicados de sus cartas de identidad, permiso de conducir o cualquier otro tipo de documento que pueda servir para identificarles. Debo suponer que ésos son tus principales sospechosos, ¿no?

—Correcto. Voy a colgar, Ben, porque pienso salir dentro de dos horas rumbo a Tesalónica.

—Suerte, Neil. Y no debo recordarte que si te encuentras en algún apuro o necesites lo que sea, no tienes más que…

—Lo sé, lo sé, Ben Amstrong. ¡Adiós!

Y colgó.

Tercera Parte
ORO PURO

CAPÍTULO PRIMERO
Tesalónica. Noviembre de 1983

HABÍAN transcurrido algo más de veinticuatro horas desde el instante en que Neil Forrester tomara tierra en suelo griego.

Aquel mismo día, 23 de noviembre, el popular rotativo *New York Times* publicaría en su sección de anuncios clasificados por palabras, uno con el siguiente texto: «*Forrester a Terry. Te espero en Tesalónica.*»

Y a esperar, sí.

Algo que fastidiaba enormemente a las personas activas, temperamentales, como lo era el ex agente de la CIA.

El campanilleo del teléfono le arrancó de la meditación en que le había sumido aquel compás de espera.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Sterling Lancaster? —quiso saber a su vez el que se hallaba en la otra punta del cable. Y antes de que Neil respondiera afirmativamente, insistió—: ¿Sterling Lancaster de Nueva York?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Anatolkis Olgas. De la Central de Tesalónica.

—¡Loado sea Dios, amigo! —estalló Forrester, evidentemente satisfecho—. ¿Alguna novedad?

—Norma Broocker, viuda de Sturges se encuentra en Tesalónica. Salió de Nueva York en el vuelo siguiente al suyo y se hospeda en el Aegeon Hotel.

—¡Vaya con la viudita! —le salió del alma la exclamación. Y pensaba al mismo tiempo que todo aquello, al final, iba a resultar para Terry más doloroso de lo que había imaginado.

—Hace unas seis horas —siguió el agente de la Central Intelligence Agency en Tesalónica, sin que Forrester abriese nuevo interrogante— y procedente de Chicago ha llegado también el periodista Roger Miles del *Herald Tribune* que tenía habitación reservada en el Grande Bretagne Hotel. Ambos han utilizado pasaportes legales a su nombre y condición.

—Quisiera hacerle una pregunta, Anatolkis.

—Adelante, Lancaster. Amstrong me dijo que estuviera a su disposición y para eso me tiene.

—Gracias. ¿Con qué demora se reciben aquí los periódicos

neoyorquinos?

—El *New York Times* y el *Herald Tribune* suelen llegar por la tarde del día en que se publican allí.

—Bien… —murmuró Neil, mordisqueando el labio inferior. Agregando—: Oiga, Anatolkis… Necesitaría mantener un cambio de impresiones con algún funcionario griego adscrito al Ministerio de Cultura o gabinete similar, o con un miembro del municipio local vinculado al patrimonio cultural, artístico, ¿entiende?

—Lo que más le convenga, Lancaster.

—Preferiría un funcionario del ministerio, sí. ¿Para cuándo podría gestionarme esa entrevista?

—¿Vale para mañana por la mañana? —inquirió el que se hallaba en el otro teléfono.

En aquel momento llamaron suavemente a la puerta de la habitación que el hoy detective privado ocupaba en el Makedonia Palace, lo cual, impacientó ligeramente a Neil.

—*Okay*. Anatolkis.

—Yo me pondré en contacto con usted, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Y ahora discúlpeme porque están llamando a la puerta.

—¡Hasta pronto, Lancaster!

—¡Hasta pronto! —y colgó.

Habían vuelto a golpear, con impaciencia ahora, sobre la hoja de madera.

Tras asegurarse de que la Parabellum salía con facilidad de la funda sujeta a la cintura y apoyada contra el glúteo izquierdo, fue hacia la puerta.

Abrió.

Se trataba de una mujer, elegante y esbelta, con los cincuenta rebasados posiblemente, pero muy bien conservada. Con evidentes atractivos en plenitud de lozanía como eran sus pechos, erectos aún, dilatando el grueso jersey de pelo con altivez desafiante. Y la rotundidad de las caderas oprimidas por una falda sastre con abertura lateral que se arrugaba en torno a una cintura muy breve, impropia de la edad de aquella hembra. Sus facciones, aún tersas y ello gracias seguramente a la utilización de cremas y cosméticos, lucían correctas y recordaban enormemente las de Terry Sturges.

—Hola, Norma —la saludó. Preguntando—: ¿Puedo saber cómo ha dado conmigo?

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Me permite que entre?

Se hizo a un lado.

—Adelante…

Y la precedió hasta el pequeño vestíbulo que daba acceso a la sala dormitorio. Señalando unas butacas, invitó:

—Si quiere sentarse, por favor.

—Gracias.

Ocupando la que estaba frente a aquella en que la mujer se había acomodado, insistió:

—Creo haberle hecho una pregunta, señora Sturges. ¿O prefiere Broocker?

—Sturges es el nombre que me legó mi marido y me siento muy cómoda con él —cruzó la viuda sus espléndidas piernas antes de agregar—: Seré franca con usted, señor Forrester… porque entiendo que los circunloquios no iban a resultar con un hombre de sus características y porque pienso que ambos necesitamos ser sinceros.

—La escucho atentamente —dijo él con cierta frialdad.

—Desde que murió Maximilian —comenzó Norma con fluidez y gesto altivo— la actitud y comportamiento de mi hija Terry se me antojaron extraños y preocupantes hasta el extremo que decidí hacerla vigilar por un colega suyo para conocer…

—¿Quién es el detective, señora?

—¿Usted me revelaría el nombre de un cliente suyo? —le sorprendió ella por su entereza y seguridad.

—Lógicamente, no.

—Pues evidentemente, tampoco yo voy a revelarle la identidad de ese compañero.

—Está en su derecho —dijo Forrester con tono acre—. Siga…

—Le decía que hice vigilar a mi hija porque su forma de proceder me inquietaba y se acrecentó en mí el temor de que pudiese cometer cualquier torpeza.

—¿Cómo…?

—Si fuese adivina, señor Forrester, no habría contratado un detective. Conozco bien a Terry como todas las madres suelen conocer a sus hijas y su línea de conducta se había alterado de forma preocupante. Mi informador la siguió hasta el despacho de usted, posteriormente les vio dirigirse al Scarlett Dragón Restaurant y por último a su piso de Arthur Kill Road. ¿No va usted muy deprisa a la hora de llevarse las chicas a la cama, señor Forrester?

—Y usted, señora, ¿no corre demasiado a la hora de establecer conclusiones que pueden ser erróneas, precipitadas, y altamente ofensivas para la dignidad de su hija?

—¿Va usted a darme clases de moral, Forrester? —largó Norma Sturges evidentemente picada y suprimiendo el tratamiento de «señor».

—Tan sólo de sentido común, SEÑORA —matizó con énfasis irónico el último vocablo.

Ella, roja como la cresta de un gallo de pelea, tragó saliva, recompuso su aspecto y continuó:

—A la mañana siguiente Terry no salió con usted de su domicilio. Al recibir esta información y tras llamar varias veces al teléfono de su casa sin obtener respuesta, decidí unirme al detective que trabajaba para mí colgándome de sus talones. Por eso he llegado a Tesalónica y dado con usted por mucho que se haga llamar… Lancaster. Sterling Lancaster, ¿no?

—Su presencia en Tesalónica y su relato dejan mucho que desear, señora. ¿Qué es con exactitud lo que pretende?

—Me muero de ganas de abofetearle, Forrester.

—Si luego ha de sentirse más tranquila, hágalo.

—¡Cínico! —y se puso en pie de un brinco, diciendo con dureza—: Antes de que decida ponerme al habla con la policía griega, ¿quiere decirme dónde está mi hija?

—Si de veras desea saberlo, siéntese.

—Usted no es quién para… —estaba crispada.

—¡Que se siente he dicho, estúpida! De lo contrario voy a ser yo quien le cruce la cara.

Norma Sturges se vino abajo en un instante dejando de ser la mujer dura, entera, fría y arrolladora que había tratado de representar. Dejándose ir de nuevo al fondo de la butaca, susurró:

—Por favor… ¿Dónde está Terry?

—No lo sé.

—¡Dios santo! ¿Es que quiere volverme loca?

Forrester, ahora, le sonrió conciliador. Diciendo:

—Creo que es usted sincera y que de veras está muy preocupada por el paradero de Terry. En función de la confianza que me inspira voy a relatarle los hechos conforme se han producido.

Y lo hizo.

—¡Lo sabía! —rompió la mujer en tímido llanto al finalizar Forrester su relato. Insistiendo—: ¡Sabía que acabaría por sucederle algo grave! ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer, señor Forrester?

—Neil. Sólo Neil, señora. Se sentirá más cómoda y yo también.

—Gracias… —sollozaba, profundamente ahora.

El detective se alzó de su butaca para acercarse a la madre de Terry, pasarle un brazo por los frágiles hombros y atraerla con suavidad y cariño, como inspirándole confianza.

—Mire, Norma, estoy convencido de que recuperaremos a Terry sin la menor novedad. Pero antes necesito que usted me confirme un dato. ¿De acuerdo?

—Sí… ¿Cuál?

—¿Es cierto de que usted convenció al doctor Bergman para que adulterase la causa del fallecimiento de su marido?

Hipó, entre nuevos sollozos.

—Sí, sí.

—¿Por no involucrar el nombre de su marido en una investigación de asesinato o… *por proteger a alguien*?

—¡Virgen santa! ¿No estará usted pensando que yo…?

—No estoy pensando nada ni sospechando de nadie en particular. Sólo le pido que me diga el porqué de un hecho muy concreto.

—Bueno… Verá. Pensé que Maximilian estaba muerto, que nada ni nadie le iban a devolver al mundo de los vivos y… ya sabe. Admito que especulé con el cariño que sé me profesa Bergman, pero nada más.

—¿Le dijo él lo de la inyección de aire en la vena?

Asintió, en silencio, con la cabeza inclinada.

Neil Forrester preguntó de improviso: —¿Tiene usted alguna relación personal con el periodista Roger Miles?

Ofreció ella una expresión de genuina sorpresa. De vivo asombro.

—¡No! Era Maximilian quien tenía cierto contacto, relación o como quiera llamarle, con ese reportero. Pero yo… ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque Miles ha llegado hace pocas horas a Tesalónica.

—Y usted piensa que él pudo… —no se atrevió a añadir: *haber asesinado a mi marido*—, ya me entiende, ¿verdad?

—Cabe la posibilidad, sí.

—¿Qué hacer entonces, Neil?

—Esperar, Norma.

Volvió a sorprenderse ella.

—Esperar… —murmuró despacio. Disparando la pregunta—: ¿Esperar *qué*?

—Que alguien lea un anuncio que yo he hecho insertar en el *New York Times* de hoy y se ponga en contacto conmigo.

—¿Y cuándo puede ser eso?

Forrester se encogió de hombros.

—No tengo idea. Dentro de una hora. De diez… En este mismo instante quizá.

La última frase de Neil Forrester resultó profética.

Porque justo unos segundos después de que fuera pronunciada, repiqueteó el timbre del teléfono.

El hoy detective, ayer funcionario de la CIA, se precipitó al aparato llevándose el auricular al oído.

—¿DIGA…? —había formulado el interrogante en voz alta, crispada.

Sólo el silencio le llegó por respuesta.

Capítulo II

—¡DIGA! —gritó, furioso—. ¿Quién habla?

Otro silencio.

Más corto que el anterior hasta que apareció una voz opaca, grave. La de alguien que trataba de desfigurarla por medio de un pañuelo o similar, interpuesto entre sus labios y el teléfono.

Diciendo:

—Ha puesto usted en grave riesgo la vida de Terry Sturges.

—¿Yo…? —se asombró—. ¿Por qué?

—¿Quién le ha ordenado utilizar el nombre falso de Sterling Lancaster?

Hasta aquel momento no se había dado cuenta Forrester de que el cambio representaba un absurdo y peligroso error.

Pero con su rapidez mental supo, al punto, salir del paso airosamente.

Y largó para ello:

—Mire, amigo, sé muy bien que no me la estoy jugando con principiantes. En consecuencia sabía también que usted o ustedes no iban a confiar en mí quedándose en Nueva York cruzados de brazos. Se han colgado a mi espalda llegando aquí a la par mía. Por eso utilicé el seudónimo, para confirmar mi hipótesis. ¿De no haberme seguido, cómo me habrían localizado?

—Otra genialidad de ese estilo, Forrester —le dijeron duramente—, y puede ir despidiéndose de Terry Sturges. ¿Queda claro?

—Sí.

—Hable de lo que *hay* en Tesalónica —ordenó, lacónico, el enigmático comunicante.

—Pequeñas esculturas de dioses mitológicos realizadas en oro puro.

—¿Cuántas esculturas?

—¿No me dijeron ustedes que pusiera el anuncio antes de adueñarme de ese tesoro?

—Para lo que a usted le conviene, Forrester, sigue las instrucciones al pie de la letra, ¿verdad?

Neil respondió con una pausa de silencio.

Y el otro, quiso saber:

—¿Dónde se encuentra ese tesoro?

—En la Acrópolis.

—Me está usted acabando la paciencia, Neil Forrester —silbó como no lo hubiera hecho mejor una serpiente el anónimo comunicante. Añadiendo—: La Acrópolis no es un pañuelo. ¿En qué parte de ella?

De nuevo la agilidad mental de Neil y su enorme capacidad memorizante le ayudaron a salir del apuro con seguridad y rapidez:

—En el ángulo noreste y bajo la pared sur de la torre turca Diguirzi Koulé, entre ésta y una vieja iglesia bizantina.

—¿Es fácil efectuar el rescate?

—Con el equipo necesario, sí. Picos y palas, ¿entiende? Sería más rápido utilizar un par de cartuchos de dinamita… ¿Pero qué le contaría luego a la policía?

—¿Está seguro de que se trata de estatuas de oro puro?

—Totalmente seguro —aseveró, con voz firme, Neil.

Otro silencio por parte de su misterioso comunicante. Luego:

—Será esta noche, Forrester. Y piense, PIENSE BIEN, que hasta que esos dioses mitológicos de oro puro no estén en nuestro poder… la vida de Terry Sturges seguirá pendiente de un hilo. Un hilo, Forrester, que se puede romper… —existió una nueva pausa, tras la cual, aquella voz disfrazada matizó trágicamente, por segunda vez, la palabra—: *Romper*, al menor atisbo de traición por su parte. Bastará una sospecha por la nuestra para que Terry deje de existir. ¿Está claro?

—Correcto.

—Nada de policías camuflados, de coches… NADA DE NADA. Usted, solo, nos esperará esta noche, a las once y cuarenta minutos, en la confluencia de Egnatia Odos y Konstandinoupoleos. ¿Entendido?

—Sí. Se ocuparán ustedes del equipo, ¿no?

—Nos ocuparemos de todo. Usted limítese a presentarse con las manos en los bolsillos y con la seguridad, por el bien de Terry y el correcto latir de su corazón, de que nos conduce al lugar exacto donde se halla enterrado ese tesoro en oro puro que en su día descubrió Günter Overath. Hasta la noche, Forrester.

Y al otro extremo, colgaron.

Neil hizo lo propio viendo como Norma se alzaba de la butaca, desde donde había seguido inquieta, nerviosa, las respuestas ofrecidas por él al misterioso interlocutor, preguntando con impaciente avaricia:

—¿Eran… *ellos*?

—Sí.

—¿Van a devolverme a mi hija sana y salva?

—Por supuesto.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—Creía haber entendido que confiaba en mí, Norma.

—¡Y confío! Pero… ¡Yo soy su madre! ¿Es que no puede entender eso, Neil?

—Perfectamente. Y usted debe esforzarse por comprender mi postura en todo esto y la tremenda presión que me agobia. ¿No se ha dado cuenta de que la responsabilidad de lo que pueda sucederle a Terry recae enteramente sobre mí?

—Sí…

—¿Por qué no regresa al Aegeon Hotel y trata de relajarse?

Abrió los ojos, sus diáfanas pupilas algo enturbiadas por el llanto, con asombro.

—¿Cómo sabe dónde me hospedo?

—Usted se ha valido de unas fuentes de información para llegar hasta mí, y yo… —le ofreció él una pícara sonrisa de ánimo—, de otras, para saber si usted hacía acto de presencia en Tesalónica.

—Lo que significa que yo formaba parte de su lista de sospechosos, ¿verdad?

—Eso era antes de hablar con usted. Ahora, las cosas han cambiado.

—¿Qué le han pedido esos hombres?

—No se lo voy a decir, Norma. Por elemental sentido de la precaución. Y porque debo abortar el peligro que podría significar el que usted, llevada de su lógico egoísmo de madre, tratara de hacer en bien lo que acabaría redundando en perjuicio de Terry. Espero que lo comprenda.

—Me cuesta —trató de sonreír ella—, pero creo que entiendo sus razones. ¿Me mantendrá informada?

—Por supuesto que sí. Y ahora, Norma, haga lo que le he dicho. Vea de relajarse durante unas horas, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré al menos —y empinándose, besó en ambas mejillas al detective Forrester que, visitado como enemigo se despedía ahora como esperanzador amigo. Dijo luego—: Gracias…

Neil la acompañó hasta la puerta, susurrándole:

—Crea, Norma, que obtener la libertad de su hija es para mí mucho más que una obligación.

—No le entiendo, Neil.

—La amo. Amo a Terry. Y aunque usted lo dude, no llegamos a tener intimidad sexual. La hubiéramos tenido, seguramente, de no mediar la intervención de los secuestradores.

—Habría sido infinitamente mejor que se hubiesen amado ustedes, de veras.

—La creo, Norma. Y gracias por confiar en mí.

Soltó ella por primera vez en opaca carcajada.

—¿Qué otro remedio me queda, Neil?

Forrester se inclinó, besándola en la punta de la nariz.

—Pienso que serás una buena suegra.

—Lo intentaré en su momento… ¡siempre que no me llames suegra!

Volvió a besarla Neil al tiempo que le abría la puerta.

—Adiós, amigo.

—Adiós, Norma. Procura descansar.

No hacía ni diez segundos que acababa de cerrar la puerta cuando Forrester se sintió asaltado por un brusco presentimiento.

Y rápidamente, sin pensarlo dos veces, la entreabrió con exquisito cuidado procurando que el menor gemido de la madera o los goznes no delataran su maniobra.

Por el resquicio abierto vio la silueta del individuo que, pegado a la pared y de puntillas, seguía por el largo pasillo a prudencial distancia la figura de Norma, la cual, se aprestaba a doblar por el recodo que daba acceso a la plataforma de los ascensores.

Neil, sigiloso como un ofidio, salió, situándose tras el tipo.

Fue avanzando lo mismo que una sombra y cuando su perseguido se disponía a perderse por la curva inminente, exclamó:

—¡Eh, amigo!

Instintivamente, el otro se revolvió.

—¿Me llama a…?

El puño derecho de Neil Forrester se alojó, violento, en pleno cuadro hepático del perseguidor de la viuda de Maximilian Sturges, obligándole a encogerse y retorcerse.

El resto fue sencillo: lo cazó cuando boqueaba agónico con un contundente gancho de zurda que, alzando al fulano un palmo por encima de la alfombra, lo devolvió al fin sobre ésta por completo *groggy*.

Neil, bendiciendo con el pensamiento la complicidad que a su fulminante acción le había brindado el hecho de que nadie circulada en aquel momento por el pasillo, arrastró por los tobillos al individuo hasta introducirlo en el interior de su habitación.

—¡Fuuuu! —suspiró con alivio. Agregando con una inspirada sonrisa —: Dios protege a la inocencia.

Al instante siguiente retiró las flores que había en el búcaro situado encima del mueble rinconera del vestíbulo y fue a llenarlo de agua… de agua que a continuación derramó encima del rostro del hombre con cuyo pasaporte acababa de hacerse extrayéndolo de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta gris cuadro de gales.

El nombre que en aquél rezaba era el de Roger Miles. De profesión, periodista.

Bajo el frío chorro del agua el reportero del *New York Herald Tribune*

esponjó la cabeza con torpe movimiento que velaba una crispación de rabia e impotencia.

—¿Qué…? —parpadeó, deteniendo el interrogante, buscando borrar la dualidad deformante de las figuras, objetos y de la persona, que entraban en su campo visual. Prosiguiendo, con algo más de coherencia—: ¿Es usted quien… quien me ha golpeado?

—Yo.

—¡Coño! Pues debe ser de oficio golpeador… ¡Digo, vamos!

—Es usted mentalmente ágil, Miles. Hasta sabe regresar al mundo de la consciencia eludiendo con su reacción posibles preguntas lógicas. Como ésta: ¿Por qué sigue, o persigue, a la viuda de Maximilian Sturges?

—¿Me ayuda a levantarme? —estiraba el brazo derecho, arriba, en diagonal.

—Pero no intente ninguna putada porque le parto el alma, ¿eh? —y tiró hacia él de la mano tendida.

—Gracias…

—No he oído su respuesta.

—Soy periodista, amigo. Y no persigo a Norma Sturges pero sí a la noticia que ella pueda significar en un momento determinado. Mi principal obligación, amigo… ¿cómo?

—Neil Forrester.

—Mi principal y única obligación me atrevería a decir es perseguir la noticia sin desfallecer para ofrecerla el primero. ¿Entiende, amigo Forrester?

—¿Dónde encajan *noticia* y *Norma Sturges*?

—En una rueda de prensa convocada por su marido que no llegó a celebrarse a causa del repentino fallecimiento de aquel. Imagino que ella debe estar al corriente de lo que Maximilian Sturges iba a comunicarle a la prensa.

—Frío —dijo Neil en lo que fue un enseñar de dientes pasando por sonrisa. Inquiriendo—: ¿De qué índole es la noticia que sospecha, Miles?

—¿Y usted quién coño es para golpearme y coserme después a preguntas?

—¿Es capaz de hacer un trato y mantenerlo con unos mínimos de decencia, periodista?

—¿Y usted, Forrester?

—¿Nos dejamos de incógnitas, reportero?

—O.K. —admitió Roger Miles—. Venga ese trato.

—Voy a fiarme de ti —dijo Neil, tuteándolo ahora. Agregó—: Te garantizo que vas a tener la primicia del siglo.

—Después de los mamporros, saber eso me reconforta, camarada. ¿A

cambio de qué…?

—Escucha con atención.

Oyó, atentamente, el hombre del *New York Herald Tribune* cuanto iba relatando Forrester.

Al tiempo que a intervalos asentía con la cabeza.

CAPÍTULO III
A la hora convenida y en el lugar acordado.
23.40 horas.

CRUCE de Egnatia Odos y Konstandinoupoleos.

El coche era negro. Italiano. Un Fiat 1600.

Se encontraba estacionado en la confluencia de ambas arterias con los faros y luces interiores apagados.

Una voz surgió desde dentro al distinguir la silueta del detective privado, diciendo:

—Sube, Forrester.

Lo hizo, sin dudas ni preguntas, colándose en la parte posterior cuya portezuela había sido abierta por uno de los ocupantes.

—¡Hombre! —exclamó con desprecio el pesquisa—. ¡Miren quien está aquí! Mi amigo el gorila… ¿te llamas Robin, no, simio?

—Vuelve a provocarme y te estallo la culata de esta pistola en mitad de la boca, ¡mamón! Porque te juro… —Robin Hayden, que en aquella noche griega había prescindido de la media de nilón que la vez anterior ocultaba su jeta deforme, ofrecía ahora un primer plano de sus facciones nauseabundas, abotargadas, que le conferían un aspecto inquietante y monstruoso.

—Silencio, Robin —dijo Chuck, al volante, poniendo el coche en marcha.

—Es que si a este orangután se le ocurre hacer lo que pregona, está claro que vuestro jefe se queda sin tesoro.

—Y tú sin Terry —machacó el que conducía con habilidad y sin prisas—, porque está diáfano también que le rebanamos el gaznate.

—Menuda pareja de bordes estáis hechos vosotros… —siguió picándoles Forrester. Agregando, más provocador todavía—: Aunque imagino que los habrá que paguen, y bien, para que gentuza como vosotros vaya por la vida de un mal nacido que espanta. Robin, ¿llegaste a conocer a tu padre?

—¡Hijo de puta! —rugió el gorila, inyectadas las pupilas en sangre, homicida la expresión, al tiempo que se ladeaba en el asiento,

alzándose, dispuesto a machacar con la culata de su arma la cabeza de Forrester.

Chuck Weston, que sin distraer su atención de la cinta encharolada no perdía detalle de lo que estaba sucediendo en la parte trasera del vehículo merced al retrovisor rectangular, y que además por tener mejor criterio y más sentido común que su colega había detectado el juego del detective, gritó:

—¡Quieto, Robin! ¿No ves que es eso precisamente lo…?

Tarde.

Robin Hayden, produciendo un rugido gutural, se abalanzaba ya sobre Forrester.

Neil, consciente de que allí existía muy poco espacio físico que permitiera sus alardes o virguerías gimnástico-circenses, fue a lo práctico, al grano. Así pues, aprovechando la ciega obcecación de su enorme antagonista, se limitó a meterle la testa, con extraordinaria violencia, en la boca del estómago.

—¡Aaaaaaaaaag! —aulló.

—¡Estúpido! —le gritaba a su vez Chuck Weston—, ¡Vas a estropearlo todo!

Forrester, como una exhalación, disparó hacia lo alto y en diagonal los dedos anular e índice de la diestra, abiertos en forma de «uve», para incrustar ambas yemas y las uñas que las remataban en las cuencas de Robin, apretando, barrenando con aquéllas como si pretendiera clavarle los ojos en el cogote atravesando a la vez la cabeza.

El bramido ahora fue ancestral, espeluznante:

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAG!!!

El pesquisa, que a su paso por la CIA había aprendido a ser implacable con el enemigo máxime cuando éste exhibía una superioridad física contrastada, pasó la zurda por detrás del cuerpo aullante y desesperado de Robin hasta alcanzar la manecilla de la portezuela opuesta, accionándola para que ésta se abriese, y a renglón seguido clavó por segunda vez la cabeza en el estómago del gorila con brutal embestida.

Robin, de esta guisa y con su bramante dolor a cuestas, fue proyectado contra la abierta portezuela que Neil le ayudó a rebasar con ambas manos hasta que, con un tercer bramido que le puso la carne de gallina a quienes tuvieron el infortunio de escucharlo, se perdió afuera del vehículo. Se perdió en la noche de Tesalónica, rebotando estremecedoramente sobre el asfalto, para ser embestido al final por un camión articulado que seguía a pocos metros del Fiat 1600 conducido por Chuck Weston.

Un Chuck Weston que sentía ahora, en su nuca, el frío contacto del cañón de la automática que como por arte de magia había surgido,

nacido casi, entre los dedos diestros de Forrester.

—Tuerce por la calle Voulgari que es la primera a la derecha.

—Sí… Sí…

Obedeciendo sin pestañear.

—Para —le ordenó el detective, apenas hubo girado, introduciéndose por Voulgari.

Pisó el freno manteniendo las manos, inmóviles, encima del volante.

Forrester dijo entonces:

—Con todas las precauciones del mundo… y más, baja.

Weston, consciente de que el otro no se lo iba a pensar ni una décima de segundo a la hora de apretar el gatillo (lo que acababa de hacer con Robin marcaba la pauta de su actuación), hizo conforme a lo ordenado.

Neil se apeó tras él, interrogando:

—Era a la Acrópolis donde debíais llevarme, ¿no?

—Sí…

—¿Esperan *ellos* allí?

—Que yo sepa, sólo existe *él*.

—¿Quién?

—La mayor parte de las veces me ha transmitido instrucciones por teléfono. Y la única que lo he visto en vivo se cubría el rostro con una capucha. No tengo ni idea de quién pueda ser.

Aquel tramo de la calle Voulgari no gozaba ni mucho menos de una iluminación medianamente aceptable y por esa causa eran pocos quienes decidían transitar por allí. Y por esa causa, Forrester y Weston estaban solos en la oscuridad y el silencio, silencio que sólo rompía el diálogo entrambos.

Y por idéntica razón, el detective, que estaba de espaldas al cruce por donde habían desembocado allí, no se percató del vehículo negro como la noche, muy oscuro y largo, que acababa de girar… y del que velozmente habían descendido formas opacas que se integraban en las tinieblas.

Pero sí oyó una voz metálica, ominosa, que desgranaba:

—Yo puedo decírselo, Weston. ¡Tire el arma y alce las manos, Forrester!

Cuando obedecía, aprovechó para descargar con fuerza la culata de su pistola contra la nuca de Chuck, que se fue a tierra acompañando a la pistola que caía.

—Así estaremos en mayor igualdad de condiciones —anunció el detective, al tiempo que alzaba las manos como le habían ordenado.

—Ha cometido demasiados errores, pesquisa.

—¿Puedo volverme?

—Hágalo… muy despacio.

Se volvió lentamente.

Para distinguir al bulto negro que le estaba encañonando y que cubría su rostro con un largo capuchón.

—Menuda fantasmada —comentó Neil con sangre fría y desprecio, escrutando las tinieblas hasta distinguir, apoyados contra el coche, otros dos bultos también con la cabeza cubierta.

—Quedamos en que nos daría unas estatuas de oro puro a cambio de la vida de Terry Sturges… Ha cometido demasiadas torpezas, Forrester. La chica no vivirá.

—¿Piensa asesinarla con una inyección de aire, como hizo con su padre, *doctor Clark Bergman*? No creo que la mujer que usted ama, Norma, por la que se metió en todo esto y que se encuentra junto al coche con ese trapo negro en la cara, vaya a consentirlo.

—¡Maldito sea! —rugió la voz femenina, surgiendo de la oscuridad y despojándose de la capucha—. ¡Lo sabe todo!

—Ya te dije, mi pérfida suegra, cuando me visitaste hace unas horas en el hotel, que tu presencia en Tesalónica y tu relato dejaban mucho que desear. Viniste a cerciorarte de que yo estaba solo, de que no preparaba ninguna jugada para atraparos en ella y a sonsacarme si ello era posible. Hace muchos años que estoy en el mundo… —alzó la mirada hacia el tercero, gritándole—: ¡Puede usted sacarse también la capucha, *Peter Lewis*!

El que primero lo hizo fue el médico, preguntando con desconcierto:

—¿Cómo lo ha sabido, Forrester?

—Lo de la inyección de aire estuvo criminalmente bien pensado, pero fue un error dejar que Terry se enterase. Ya sé, ya sé que lo hicieron para que si ella sospechaba algo raro aceptase la postura de su madre acerca de no airear aquello, de evitar un escándalo que no resucitaba ya a Maximilian… Ella no tiene suficientes conocimientos de medicina para saber que una inyección de esa índole difícilmente se puede detectar, por no decir que es imposible, en un reconocimiento a simple vista. Cualquier médico habría certificado la muerte a causa de un paro cardíaco. Sin embargo usted. Bergman, queriendo rizar el rizo para convencer a Terry Sturges de lo que no era necesario, porque nada sospechaba, habló de una inyección de aire. De… *asesinato*. Una sola inspección ocular al cadáver no bastaba para establecer semejante afirmación, salvo que quien así decía fuese el autor del pinchazo mortal.

—¡Mátalo ya. Clark! —rugió ella, contraídas sus bellas facciones en demoníaco espasmo.

—¡No! —estalló el tercer enmascarado, avanzando unos pasos hacia Forrester al tiempo que se quitaba la capucha. Peter Lewis, en efecto y como Terry le dijera a Neil, era un joven apuesto de facciones

agradables y con valoración sobresaliente desde la óptica femenina. Añadiendo—: Debemos saber hasta dónde ha llegado en sus averiguaciones y a quién las ha confiado… ¿Quiere responder o prefiere que nos lo llevemos para torturarle?

—¿Le ha dicho alguien que estuve un montón de años en la CIA, petimetre? La señora lo sabe… Hace años visité a su difunto marido para efectuarle una sugerencia por cuenta de la Central. Oiga. Peter, aunque sospeché desde el primer momento de usted conforme al relato de Terry, ¿quién es en realidad?

El otro, sorprendido y desconcertado, largó:

—Aleko Dimitrou.

—¡El hijo de Andreas, claro! Esta es la pieza que me faltaba para completar el puzzle. En 1946 su padre interceptó la carta de Günter Overath dirigida a Maximilian Sturges y la hoja con el jeroglífico, de la que obtuvo una copia. Luego, prefirió asesinar al alemán antes que correr el riesgo de que éste revelara al arqueólogo el secreto del tesoro, porque confiaba en la remota posibilidad de descifrar el jeroglífico, cosa que jamás consiguió.

—¡Asombroso! —no pudo dominarse el falso Peter Lewis. Agregando con sonrisa curva que apretaba sus facciones en mueca cruel—: Lástima que tengamos que eliminarlo, Forrester. Porque debo admitir que es usted un tipo inteligente.

—Si me matan, familia, ¡adiós oro puro!

—¿Nos toma por imbéciles, detective? —preguntó el médico, moviendo a la vez en abanico ominoso el cañón de la pistola con que cubría el cuerpo de Neil—. Usted no nos va a entregar esas estatuillas y ahora ya sabemos que están en la Acrópolis. Y es el único que conoce toda esta trágica historia, así que…

—Ha sido la suya, Clark Bergman —le interrumpió Forrester—, una caída en barrena: de doctor en medicina a vulgar asesino. Puedo entender, esforzándome mucho, que por su desbocada pasión hacia Norma aceptara la propuesta de Lewis, Dimitrou o cómo diablos se llame, para asesinar a Maximilian, ignorando entonces que ella estaba también complicada en el ambicioso proyecto del hijo de Andreas. Puedo aceptar, decía, que usted se obcecara en que el único acceso al amor de Norma se lo proporcionaría la desaparición de su marido, pero de eso a andar asesinando como un pistolero a sueldo, ¡por favor! ¿Dónde queda su dignidad, Bergman?

—¡Mátalo ya! —insistió la hembra.

—¡Ahora sí! —corroboró Aleko Dimitrou.

—¡Se acabó la función, terceto de canallas fantasmones! —intervino una nueva voz, al tiempo que un hombre surgía de las sombras empuñando resueltamente un Colt del 38.

Clark Bergman se revolvió como una exhalación dispuesto a balear al entrometido.

Forrester, centelleante, pasó a la acción. Por el interior de la manga derecha bajó hasta su mano una navaja de resorte que tras serle pulsado el mismo fue en el aire, acero por delante, hasta atravesar la garganta del médico de parte a parte.

—¡Aaaaaaah! —trastabilló trágicamente, llevándole un movimiento reflejo a presionar el gatillo de su arma.

Pero rectificando la línea de tiro en una de sus grotescas contorsiones postreras, quiso el destino que la bala surgida de la pistola fuera a estallar en mitad de la frente de Aleko Dimitrou, levantándole la tapa de los sesos, haciéndole polvo la cabeza, alejándola del lugar donde la había tenido hasta entonces y provocando, con aquel chaparrón de sangre, huesecillos, pringue gris y cartílagos, la muerte instantánea del griego a la vez que un grito de terror y repulsión en la garganta de Norma Sturges que se tapaba los ojos horrorizada.

—¡NOOOOOOOOOOOO!

—¡Coño, Forrester! —exclamó el periodista Miles, acercándose con un ligero temblor en la mano que empuñaba el 38—. ¡Ha ido de un pelo que no me liquidaran!

—Mala hierba nunca muere, periodista. ¿Y la primacía que te vas a «cascar», qué?

—¡Ha valido la pena, créeme!

Neil atrapó a Norma por las muñecas quitándole las manos de la cara.

—¿Dónde está Terry?

—En casa… Sumida en la inconsciencia a través de los sedantes suministrados por Clark. Dijo que estaría dormida cinco días, sin peligro. Le había inyectado también suero y vitaminas.

—¿Cómo se metió usted en esto, señora Sturges? —quiso saber el periodista.

Norma, desmadejada, sollozó.

—¡Maximilian me despreciaba! Había llegado al extremo de traer a casa vulgares prostitutas para cometer las peores aberraciones y humillarme así al máximo. Nadie, ni Terry tan siquiera llegó a imaginarlo jamás, supo que mi marido era sexualmente un depravado. Acabé odiándole como nunca pensé que pudiera hacerlo y por eso, cuando Lewis me descubrió su verdadera identidad, decidí secundar su proyecto. Crean, ¡crean que no me arrepiento! Maximilian me hizo conocer el infierno en vida.

Roger Miles, en un rapto de inspiración y mirando fijamente a Forrester, anunció:

—Yo, Neil, puedo olvidarme para siempre de lo que acabo de oír.

¿Y… tú?

—¡Creo que también! —fue su exclamación. Añadiendo—: Y para lo que nos proponemos ocultar, es mejor largarse cuanto antes de aquí.

EPILOGO
Tesalónica. Diciembre de 1983

QUINCE días después de los trágicos sucesos de la calle Voulgari, en presencia de una nutrida representación de periodistas del mundo entero y varios miembros del gobierno griego pertenecientes a las áreas de cultura, interior y turismo, se procedió a efectuar la voladura parcial y controlada de una mínima parte de la Acrópolis, previa garantía de que podría ser perfectamente reconstruida.

También Norma Sturges, su hija Terry y el marido de ésta, Neil Forrester, fueron privilegiados testigos de cómo surgían a la luz dieciocho estatuillas de dioses mitológicos labradas en oro puro.

—¡Menuda fuente de pasión estaba hecha la mujer del emperador Casandro! —no pudo por menos que exclamar el detective.

Su flamante esposa le corrigió:

—Rey… Casandro fue rey y no emperador. Lo de la pasión lo has dicho porque le contabilizas un amante por estatuilla de oro, ¿no?

—O.K.

—Según la leyenda redactada por el antiguo escriba, fueron más de dieciocho. Bastantes más…

—¡Leñe con las griegas!

En aquel momento una mano golpeó suavemente el hombro diestro de Neil Forrester. Este hizo girar la cabeza hasta que sus ojos se tropezaron con la figura del hombre que le había golpeado.

—Me llamo Anatolkis Olgas, señor… *Lancaster.*

—Tanto gusto. ¿En qué puedo servirle?

—La policía de Tesalónica tiene varias preguntas sin respuesta acerca de unos hechos luctuosos acaecidos hace un par de semanas en la calle Voulgari, y a mí se me ha ocurrido pensar…

—Luego existe, amigo, si piensa —le atajó Forrester con una amplia sonrisa cubriéndole el rostro. Exclamando de pronto—: ¡Y ahora que me doy cuenta! Usted me ha llamado Lancaster… Lancaster, ¿verdad?

—Lancaster, sí.

—Se ha equivocado de persona, señor Olgas, ¡Ah!

—¿Sí, señor cómo se llame?

—Dígale a la policía griega que el mundo está lleno de preguntas que

no tienen respuesta.

—Sabia y filosófica doctrina, señor, ¿cómo debo llamarle?

—Forrester… —volvió a sonreírle el detective—, Neil Forrester.

—Pues se lo diré así mismo a la policía de Tesalónica, señor Forrester.

—Hágalo, amigo. Será un gran alivio para ellos.

—Gracias — Anatolkis Olgas también le obsequió con una sonrisa monumental—. ¡Adiós, filósofo!

Terry, viendo alejarse al tipo, preguntó:

—¿De qué le conoces, Neil?

Compuso él una fingida y perfecta expresión de asombro.

—¿Conocerle? —desorbitó los ojos. Exclamando—: ¡Pero si es la primera vez en mi vida que le veo!

—Pues hubiera jurado…

Neil Forrester había dicho la verdad. Era la primera vez en su vida que veía a Anatolkis Olgas.

Se acercó un funcionario del Ministerio de Cultura interrumpiendo la frase de Terry para estrechar la mano de su marido. Dijo:

—Grecia y los griegos le estamos agradecidos, señor Forrester. Y pienso que el mundo también está en deuda con usted.

—Y yo con el mundo, señor.

—¿Por qué? —arqueó el otro las cejas con manifiesta extrañeza.

—Porque él y esas estatuillas de oro puro escondidas en la Acrópolis de una ciudad de Grecia me han permitido conocer a una mujer tan hermosa y extraordinaria como ésta. ¿No le parece hermosa la señora Forrester, amigo?

—Me parece una maravilla —cabeceó el funcionario. Agregando—: Una maravilla que no es de oro puro pero vale más que si lo fuera. Es usted un hombre afortunado, Neil Forrester. ¿Me permite que bese a su esposa?

Frunció el entrecejo, respondiendo:

—Yo primero. ¿Le importa?

Y estuvo tanto rato besando los labios rojos, sensuales, carnosos y agrietados de aquella criatura deliciosa y excitante, que el funcionario se largó aburrido.

Lo mismo que debemos hacer nosotros, familia. Largarnos. Porque éste es el…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

NOTAS

1 Tesalónica. Capital y puerto de Grecia (la segunda del país), en Macedonia, en el *golfo de Tesalónica* (mar Egeo). Base de los aliados en la campaña de Macedonia (agosto de 1915-septiembre de 19181, volvió a llamarse Tesalónica después de la Segunda Guerra Mundial como así lo dispuso su fundador, Casandro (año 315 a.C.), rey de Macedonia, en honor de su esposa que así se llamaba. (N del A.)

2 La totalidad de este texto hasta el punto que orienta a esta nota marginal es exacta y rigurosamente verídico. (N del A.)

3 Textos que corresponden al que sería premio Nobel griego, en 1979, Odiseas Elitis. (N del A.)

4 Versado en arqueología que es la ciencia que estudia las antiguas civilizaciones desde la Prehistoria hasta la Edad Media, a partir de sus restos materiales. (N del A.)

5 Más comúnmente: paro cardíaco. Síndrome que es signo de extrema gravedad en ciertas enfermedades, debido a una extraordinaria debilidad de la sístole cardíaca qué suele tener un desenlace irreversible. (N del A.)

6 Parte más elevada y fortificada de las ciudades de Grecia en la antigüedad, que comprendía un palacio y varios santuarios, soliendo haber en todas ellas gran número de monumentos.

7 Murió en Atenas el año 339 a.C. Filósofo griego hijo del escultor Sofronico y de la comadrona Fenareta. Se conoce poco sobre su vida aunque se sabe que vivió muy modestamente, consagrando toda su energía a predicar su doctrina en los gimnasios y en los lugares públicos, y que tuvo numerosos discípulos: Jenofente. Platón. Alcibíades, etc. Fue acusado de impiedad y de corromper a la juventud y fue condenado a muerte por la Heliea (tribunal popular de Atenas). En ejecución de esta sentencia bebió serenamente la cicuta, mientras discutía con sus discípulos sobre la inmortalidad del alma, tal como narra Platón en el *Fedón*. No publicó obra alguna pero Jenofonte (*Memorables*). Aristófanes y sobre todo Platón, nos han transmitido su personalidad y su método de reflexión que hace viable llegar a la verdad a través del diálogo y la discusión. (N del A.)